

FUEGO MORTAL

UN THRILLER POLICÍACO DE AINARA PONS

RAÚL GARBANTES

FUEGO MORTAL

AGENTE ESPECIAL AINARA PONS Nº 4

RAÚL GARBANTES

Copyright © 2022 Raúl Garbantes

Producción editorial: Autopublicamos.com
www.autopublicamos.com

Diseño de la portada: Giovanni Banfi
giovanni@autopublicamos.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Página web del autor:
www.raulgarbantes.com



Obtén una copia digital GRATIS de *Miedo en los ojos* y mantente informado sobre futuras publicaciones de Raúl Garbantes. Suscríbete en este enlace:
https://raulgarbantes.com/miedogratis

PRÓLOGO

Vivienda Pons. Queens, Nueva York
Viernes 25 de enero
6:20 a. m.

—¿Ves aquella estrella? —Me señala Danny con el dedo hacia el cielo—. ¿Puedes verla, princesa? Pues es allá donde nos encontraremos alguna vez… cuando todo se calme.

Cada vez que sueño con él es como viajar a otro planeta donde el dolor no existe, tampoco los problemas o el miedo. No sé si algún día me sentiré mejor o si es que la maldita culpa me perseguirá por siempre.

De a poco abro los ojos y el mundo real me recibe con un dolor punzante en la parte de atrás de la cabeza, diferente al de todos los días: esta jaqueca es mucho más lacerante que de costumbre. No recuerdo nada de lo de anoche. Me siento muy confundida. ¿Otra vez bebí hasta quedarme dormida? Observo alrededor y el cuadro de Rivera en la pared, frente a mí, me dice que estoy en mi habitación, pero me siento mareada y el ambiente se encuentra densamente sofocado, como si un desierto estuviese dentro del recinto en el que me encuentro.

Puedo sentir el olor a humo. No recuerdo haber dejado algo encendido, jamás olvidaría una cosa así, por más ebria que estuviera. Llevo la vista hacia la ventana y la poca luz que ingresa es de color verde, luego puedo notar que el color viene de la densa

niebla de humo que se encuentra dentro de la habitación. Trato de pensar, pero se me dificulta por el mareo y me obligo a sentarme en la cama. Escucho un ruido que me golpea en los oídos.

—¡Bob! —grito al oír los ladridos de mi bestia negra al otro lado de la puerta y vuelvo a gritar con dificultad—. ¡Bob! ¡Bob, ayúdame!

Hago un gran esfuerzo por ponerme de pie. Cuando lo hago, noto que la densidad del humo de color verde, es mucho peor en la altura y me tiro al suelo para dirigirme «a gatas» hacia el sonido de mi fiel amigo.

—¡Bob, no pares! —vuelvo a gritar para identificar sus ladridos.

Me quito la blusa, hago una pelota con ella y me la coloco en la cara para tratar de mitigar el sofocante humo que intenta ahogarme. Oigo que Bob rasca con desesperación, la madera parece ceder ante sus garras y en los gritos del animal identifico la impotencia, que yo aún no me permito sentir. Mi cabeza choca con algo y al palpar con las manos puedo notar que es la puerta. Oigo a Bob llorar detrás de ella.

—Tranquilo, amigo —intento calmarlo con mucha dificultad y casi sin ganas.

El maldito humo no cesa, los ladridos de Bob y su incontrolable furia contra la puerta me desesperan aún más. Cómo quisiera tener mi arma conmigo en este momento, me siento demasiado débil. ¡Maldita sea!

Comienzo a golpear la puerta con el puño de la mano libre y hago el intento de tomar el pomo, pero de inmediato recuerdo que tiene llave. La desesperación se incrementa y comienzo a sentir la muerte dándome unas palmadas en el hombro, pero no me asusta... ya no.

Siento la nariz de Bob por debajo de la puerta y comienzo a desesperarme. Dejo caer la blusa de mi cara y, con ayuda del pomo, me pongo de pie para luego retroceder dos pasos y dejarme caer con toda mi fuerza sobre la puerta.

No hay manera de que se abra. Trato de respirar y no puedo, solo entra humo a mis pulmones y toso, mis ojos se llenan de lágrimas y mi nariz segrega abundante mucosidad. Bob llora y araña la madera, más fuerte esta vez.

Levanto la camiseta que llevo puesta y me limpio la cara. Intento no respirar, hago un débil impulso hacia atrás para volver a embestir la puerta, pero ya no tengo fuerzas para obligar a mi cuerpo a regresar, por lo que me voy de espaldas hacia el suelo.

Vuelvo a toser sin parar, no me quiero dar por vencida, me giro y pego mi cara al suelo para respirar el aire más ligero que cada vez es más escaso, el humo lo está invadiendo todo.

—¡Bob! —grito casi sin aliento—. Perdóname, Bob.

Arrastrándome llego hasta la puerta y como último acto de desesperación empiezo a golpearla, una y otra vez, hasta que todo se pone negro…

1

Cementerio de Wichita, Kansas
Una semana antes
Viernes 18 de enero
10:15 a. m.

Observo las letras cinceladas en el mármol, pero no puedo unirlas en mi mente como para deducir lo que dicen.

Daniel «Danny» Reed
Amado hijo y compañero leal
Que tu alma descanse en paz

Ha pasado mucho tiempo, un año ya, y aún no sé qué decir. Creo que espero que de alguna manera él me hable primero, como siempre lo hacía, y me dé ánimos para comenzar de nuevo.

Coloco con cuidado la maceta con geranios que traigo en mi mano sobre la tumba de Danny y me siento en el césped. Está suave y no picoso, como por lo general sucede.

—Bueno… Creo que esta vez me tocará comenzar la charla. —Se me escapa una pequeña sonrisa de nostalgia al recordar cómo él me animaba siempre a hablar—. Supongo que, si estuvieras aquí, te estarías burlando de mí al ver lo tensa que me pongo, pero quiero hacerlo de una vez. Lamento no haber venido antes, sé que un año

es mucho tiempo, pero es que me cuesta mucho hacer esto. Creo que voy a necesitar un tiempo más para procesar todo, sabes. —Trago saliva y suelto la última frase—. Te… te amo.

Cierro los ojos y una suave brisa peina mi pelo, casi se siente como una caricia suya.

Carretera camino a Nueva York
13:15 p. m.

Miro mi mano al volante y mi mente está en pleno vuelo espacial, como si mi Toyota Tundra fuera una nave que me lleva lejos de todo esto. No paro de pensar en Danny, en todo lo que me habría gustado decirle antes de que partiese. A veces pienso en echarle la culpa al Anillo, a mi trabajo o a cualquiera que me haya dificultado las cosas; pero, en realidad, yo escogí todo eso y no hay nadie que me haya obligado a ser la salvadora del mundo. Yo sola me metí en esto.

La carretera se ve tan desierta, como si el mundo me hubiese dejado afuera. De vez en cuando aparece algún granjero quitando nieve de sus tierras. Los rayos del sol intentan disimular el terrible invierno, claro que sin éxito. De repente, el recuerdo de Danny me atraviesa la cabeza y el dolor en el pecho se hace sentir nuevamente.

En ese mismo momento detengo mi Tundra a un lado de la carretera para respirar con ambas manos puestas en el volante, apretadas con fuerza, y llevo la cabeza hacia este. De inmediato siento una tibia y húmeda caricia en mis heladas manos.

Volteo a ver y ahí está él.

—Mi bestia negra. —Llevo la mano para acariciar su cabeza mientras él llora—. Solo tú me quedas. Siempre ha sido así.

Sigo acariciando a Bob hasta que me tranquilizo y retomo el volante para seguir mi camino a Queens. Aún nos queda un largo viaje.

Mientras conduzco, trato de poner mi mente en blanco, de no pensar tanto en Danny; por suerte, Bob con sus ladridos me ayuda con eso. Noto mis tripas sonar entre el ruido de un camión de transporte de combustible, entonces decido detenerme en un restaurante que puedo avistar en medio de la nada. Detengo el motor y un cartel enorme con letras bordeadas de rojo deja leer el nombre Rachel's.

—Tenía que llamarse así —susurro mientras me quito el cinturón de seguridad.

Me coloco la chaqueta encima de la que ya tengo y abro la puerta de Bob para caminar ambos hacia la entrada; él está más lento que de costumbre y pienso que será el cansancio del viaje. Un anciano está dormido al lado de la puerta, en una silla y cubierto con varias mantas. Bob le olfatea la pierna y me mira con ternura.

Busco una mesa en donde, además de la camarera que se encuentra fumando al lado de la cocina, soy la única en el lugar. Bob se sienta a mi lado y ambos miramos por la ventana. A lo lejos el campo, castigado por el frío, parece ser eterno y estar vacío. Pienso en mi hermana Rachel, en lo terrible que había sido su corta vida, y se me escapa una lágrima. Me siento una maldita egoísta por todo lo que ha pasado desde mi estúpida decisión de atrapar criminales. Toda esa gente que ha muerto por mi culpa. Y los que salvé siguen su vida, pero yo sigo sola.

—¿Café? —escucho decir, pero mi cabeza no responde para voltear, por lo que nuevamente escucho—: ¿Señorita?

Al fin volteo y la camarera, de unos veinticinco años, me sonríe con una cafetera cargada y humeante en la mano. Tiene el cabello recogido, sus rasgos faciales son delicados y me recuerdan a ella… a Rachel.

—Sí… podría mejor… ¿Me traería un vaso de *whisky*? —pregunto y observo que baja la mirada para verme el pie golpetear repetidamente el suelo, y me enojo—. ¿Me oyes?

La joven aprieta los labios apenada y me responde con amabilidad.

—Sí, lo lamento. Ahora mismo se lo traigo.

Mientras se va, la culpa me invade. No debí responder así, pero estaba aterrada de que se le ocurriera preguntarme si me sentía bien. Miro a Bob y estiro la mano para acariciar su cuello, pero me lanza un impredecible mordisco, suave, aunque dejando claro que no lo toque. No puedo creerlo.

—¿Largo viaje? —pregunta la camarera, con un tono demasiado amable y delicado, mientras deja el vaso de *whisky* sobre un posavasos de cartón con el logo del lugar.

Me quedo un momento en silencio, avergonzada por el trato que le había dado.

—Unas doce horas en la carretera y aún nos quedan otras diez. —Deja las servilletas y voltea a ver a mi perro.

—Es muy lindo, ¿cómo se llama?

—Bob —respondo con miedo al verla acercársele—, ¡pero no lo toques!

Rápidamente ella aleja la mano. Intento explicarme.

—No es que sea peligroso, los pitbulls…, en general, no son peligrosos, sus dueños sí lo son. —La chica me observa extrañada por mi torpe intervención—. Quiero decir que… olvídalo. Solo está de mal humor hoy, por favor, no lo toques.

Ella me sonríe y, de nuevo, agacha la cabeza para marcharse con la bandeja.

Le doy un sorbo al vaso y el *whisky* barato me corroe la lengua, está helado y es muy malo. Hasta ahora no le había prestado atención a la música de fondo, pero comenzó a sonar una de las que mi padre solía tararear. Su maldito recuerdo viene a atormentarme de nuevo, como si no me hubiera hecho ya suficiente daño. Comienzo a oír en mi cabeza los gritos.

Quisiera tenerlo enfrente para gritarle en su cara que la muerte de Rachel no fue culpa mía, me gustaría tanto mandarlo al demonio por habernos abandonado estos diez años sin remordimiento alguno.

—¡Desgraciado! —se me escapa.

Observo a mi alrededor y la camarera, la mujer de la limpieza y un cocinero me miran. Desvío la mirada hacia el vaso y noto una mosca luchar en el borde del cristal. Aleteaba tan fuerte que parecía

que las pequeñas alas se desprenderían de su cuerpo y, finalmente, cae en el líquido mezcla de *whisky* y hielo.

—Se acabó, vámonos de aquí —le digo a Bob y observo que vomita lo que había comido hacía una hora—. ¡Ey, Bob! —Me acerco y lo acaricio con suavidad mientras que con la mirada busco algo para limpiar.

—No se preocupe. —Se acerca la joven camarera con amabilidad —. Yo me encargo.

Salgo del lugar con Bob y nos subimos a la Tundra para seguir camino a casa.

—Necesito llevarte con Jack. —Acaricio el pelaje suave de su cabeza mientras permanece recostado entre mis piernas—. Él sabrá qué tienes. Tranquilo, cariño.

2

Vivienda Pons. Queens, Nueva York
Viernes 18 de enero
11:52 p. m.

ME SIENTO TAN CANSADA, Bob igual, y no puedo despertarlo para entrar a casa. Se ve tan a gusto que le pondría una manta encima para no molestarlo, pero lo animo a entrar conmigo.

Hace mucho frío, así que lo primero que hago es ducharme con agua muy caliente. Muero de hambre, pero solo pienso en dormir. Apenas apoyo la cabeza en la almohada pienso en que jamás me había parecido tan cómoda e inmediatamente entro en un profundo sueño.

Al día siguiente
Sábado, 6:23 a. m.

A medida que abro los ojos, la escasa luz que entra por la ventana me dice que será otro día de frío insoportable. Me gustaría no levantarme jamás, pero literalmente muero de hambre esta vez. Estoy a punto de levantarme de la cama cuando suena el teléfono y,

sin contestar, observo que es Peter Bennett. Me sorprendo al mismo tiempo que me pregunto qué pasaría.

—Hola, Peter —digo entre bostezos.

—Buen día, Ainara… disculpa por llamar a esta hora.

Siempre disculpándose, pienso antes de responder.

—No, tranquilo. Ya estaba despierta. —No puedo soportar la ansiedad y pregunto—: ¿Ha pasado algo?

—No, para nada. Solo llamaba para saber cómo estabas, pero quizá es un mal momento, podemos hablar el lunes en la oficina.

No sé qué decir y me quedo en silencio, luego intento hablar para que no malinterprete mi inacción.

—Estoy bien.

—Bueno… oye, que pases buen día y te veo en el trabajo.

Corto la llamada y me doy cuenta de lo extraña que me siento. La llamada de Peter me alegró un poco el día y solo tuvo que decir unas palabras, aunque se sintió raro que me llamara luego de haber visitado la tumba de Danny, pero no necesito pensar en eso ahora. Miro por la ventana y recuerdo que debo llevar a Bob con Jack para que lo examine, pero antes voy a visitar a mis vecinos los Wong para ver cómo se encuentra Kim.

Vivienda Wong
9:15 a. m.

Camino despacio a la puerta sin dejar de pensar en la llamada de Peter, y noto a Kim agachada en el jardín haciendo mantenimiento a las plantas. Me acerco para saludarla.

—¿Trabajando un sábado? —digo con tono burlón y veo que voltea sorprendida.

—Vaya, ¡hola, Ainara! ¿Cómo estás?

Se me acerca para darme un abrazo y no puedo creer lo bien que se ve.

—Pero ¡te ves fenomenal! —exclamo y trato de no sonar sorprendida, aunque no me sale.

Ella solo sonríe tímidamente.

—¿Quieres pasar a ver a Liu? —me pregunta con una enorme sonrisa en la cara, luego toma mi mano—. Ven adentro, lo llamaré de inmediato y prepararé té.

La sala de los Wong es otra. Todo se ve tan radiante, hay cuadros muy coloridos de la cultura oriental en las paredes. Me acerco a una mesita llena de portarretratos con fotos del señor Wong, el padre de los chicos, y de Kim y Liu en los diferentes paisajes de sus viajes mientras transcurría mi agitada vida en Seguridad Nacional, extorsionada por criminales.

—¡Ainara! ¡Qué gusto verte de nuevo! —Aparece Liu, seguido de Kim llevando una bandeja con varias tacitas y una tetera—. Toma asiento, por favor. —Me señala el sillón frente a la mesita de café.

Me siento y admiro a Kim nuevamente. Me parece toda una luchadora.

—Me alegra verte tan bien, Kim. —Ella me acerca una tacita con té y un bollito de pan de arroz.

—Sí, la verdad han sido meses muy buenos —responde Liu con una sonrisa encantadora—. Hemos viajado por todo el país con la furgoneta. ¿Has visto las fotografías? Míralas, hemos ido al Gran Cañón, a las montañas de Oregón, a las playas de Miami.

Se veía muy emocionado. Me ponía una a una las fotos en las manos y Kim no dejaba de sonreír.

—Todo ha cambiado tanto desde… —Kim corta la frase y la sonrisa se desvanece un poco—… desde aquello.

Bajo la mirada sin dejar mi disimulada sonrisa.

—Lo importante es que estás bien, Kim.

—Te estaremos eternamente agradecidos, Ainara —me dice Liu tomando mi mano, con los ojos llenos de amor y confianza.

—Pero lo mejor de todo es la noticia que te queríamos dar —dice Kim con una mirada de ilusión.

—Uy, soy impaciente, no me dejes con la intriga.

—Estamos preparando la próxima apertura de un restaurante en el barrio chino.

—Yo me encargo de las refacciones —dice Liu— y mi hermana de la preparación de los próximos menús. Estamos muy emocionados.

Yo me he quedado sin palabras, me puse de pie y fui a abrazarlos a los dos con todas mis fuerzas.

Veterinaria Baresi. Queens, Nueva York
11:30 a. m

He tenido la cabeza tan agitada que no me detuve realmente a pensar en que Bob podría tener algo serio; me preocupa que así sea. Toco el timbre por segunda vez y Jack no responde, quizá debería llamar para recordarle nuestra cita. Saco mi celular y al mismo tiempo aparece Deborah detrás de la puerta con una sonrisa.

—Lo lamento —me dice mientras me invita a pasar, tiene las manos con sangre y está cubierta de pies a cabeza con ropa descartable—, estábamos en plena castración.

—Oh, bueno… puedo venir en otro momento si pref…

—¡Claro que no! —me interrumpe—. Adelante, pasen, que ya terminamos.

Animo a Bob a entrar y, apenas lo hace, se acomoda en un cómodo sofá canino de tela felpuda. Mientras esperamos, aprovecho para responder un mensaje de mi jefe, Phillip Nash, que me pregunta si me siento bien para incorporarme este lunes al trabajo.

—¡Pero si es mi agente favorita! —Escucho a Jack acercarse—. ¿Dónde está mi muchacho?

Dejo a un lado el teléfono, sin responder, para saludar a Jack. Él observa a Bob y se agacha para examinarlo.

—Me preocupa lo decaído que ha estado últimamente —comento mientras él hace su trabajo—. Al principio pensé que era el cansancio del viaje, que a mí también me agotó, pero hoy está peor.

Veo que Jack le toca con suavidad el cuello y temo que Bob lo muerda, pero seguro él sabe lo que hace.

—¿Ha estado comiendo bien? ¿Tiene apetito? —pregunta sin dejar de examinarlo.

—Muy poco, casi no come y ayer, cuando paramos en un restaurante, vomitó lo que había comido. Manejé deprisa para llegar rápido a traértelo.

Jack se queda en silencio mientras observa su pelaje de cerca, como buscando garrapatas, y comienzo a desesperar.

—Tiene un poco inflamados los ganglios linfáticos —comenta quitándose los guantes de látex—, unas pequeñas manchitas en la piel y la falta de apetito… Pienso que es hepatitis canina.

—¿¡Hepatitis!? —grito exaltada sin darme cuenta.

—No, no. Tranquila, no está tan avanzada y es tratable. Pero será mejor que lo dejes unos días aquí para constatar su estado y asegurarme de verificar el avance.

Me entristece bastante separarme de Bob por tanto tiempo, pero debo hacerlo por su salud.

—Me parece bien. A propósito —digo e intento cambiar de tema. Veo entrar a Deborah, ya con ropa normal—, ¿cómo se encuentra Pamela?

Noto que ambos se miran y su cara se vuelve un poco más seria.

—Está un poco… adolescente —comenta Jack—. Jamás imaginé que ser padre sería tan complicado.

—Demasiado —interviene Deborah—. Está atravesando por una etapa conflictiva y no es nada fácil lidiar con una joven así.

—Sí, entiendo lo difícil que debe ser. Pero todos fuimos adolescentes alguna vez —intento justificar a la pobre Pamela.

—Por supuesto —sigue Deborah ahora con un tono más enfático —, yo también he tenido catorce años. Salía a fiestas, tenía mis rabietas y hasta me emborraché unas cuantas veces. Pero... Pam es incontrolable.

—Tuvimos que quitarle su celular, su tableta y hasta encerrarla. No sabemos qué más hacer —dice Jack.

Se nota una gran preocupación en sus voces al hablar, pero pienso que exageran, y espero no verme como ellos si algún día llego a ser madre.

—Entiendo, pero ¿qué es exactamente lo que hace? —Detesto sonar como una maldita psicóloga.

Ambos vuelven a intercambiar miradas.

—Ha estado viéndose con un muchacho —comenta Jack—. Los hemos pillado una vez, cerca de Central Park, bebiendo y jugando con navajas.

—Parecía un adicto —interrumpe Deborah—. Fuimos por ella y nos encargamos de que no volvieran a tener contacto.

Me despido de Jack y Deborah y camino un rato tratando de traer a mi cabeza algo que tenía pendiente.

—¡Mierda! —grito al recordar el mensaje de Phillip.

Saco mi celular para escribirle que me encuentro en perfectas condiciones de volver a mi trabajo como agente del FBI, pero de pronto ingresa una llamada. Es Amy.

—¡Ainara! —grita la voz del otro lado de mi teléfono móvil.

—Amy, ha pasado bastante tiempo.

—Oye, sí, es cierto. Cuéntame, ¿cómo has estado?

—Verás, ayer he pasado a dejarle flores…

—A Danny… —termina mi frase.

—Así es. Su partida me afectó más de lo que pensé, quizá me tome un tiempo más para asimilarlo.

—¿Qué te parece si nos juntamos un día de estos con unos tragos de por medio y charlamos? Tal vez no nos venga mal ahogar las penas en alcohol esta vez —Amy bromea, pero para mí no es más que la pura verdad.

—Me parece perfecto. Luego fijamos fecha y hora.

Corto la llamada y el maldito teléfono se apaga, por la batería, y salgo corriendo hacia mi Tundra para responder el mensaje de mi jefe.

Camino a casa, siento la ausencia de Bob y en un semáforo me quedo pensando en lo del adicto que mencionaron Jack y Deborah, cuando noto en un edificio a mi lado que un anciano con una gorra

me observa. Su rostro, cubierto con una descuidada barba, me parece vagamente familiar. Los bocinazos a mi espalda me obligan a poner en marcha el motor y dejo atrás al extraño.

3

Oficinas del FBI, Nueva York
Lunes 21 de enero
8:00 a. m.

Me encuentro en el estacionamiento de las oficinas del FBI, mi antiguo lugar de trabajo. Observo el cartel con mi nombre, nuevamente colocado. Cierro los ojos y aprieto el volante con fuerza y, de repente, alguien golpea con los dedos la ventana de mi camioneta. Es un chico de rasgos orientales, bien arreglado, de unos veintiséis años y que carga un maletín de cuero en la mano.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta con una sonrisa servicial —. ¿Necesitas que te ayude?

Trato de disimular mi terror frente a él. Me coloco erguida, niego con la cabeza y veo que se aleja hacia el edificio. Le doy un sorbo rápido a la pequeña botella de *whisky* que siempre llevo estratégicamente guardada debajo de mi asiento.

En la entrada del edificio me encuentro con Billie, el conserje.

—¡Buenos días, señorita Ainara! —me saluda sosteniéndose en el trapeador.

Le devuelvo el saludo en forma de una pasajera sonrisa con dos dedos en la frente, como solíamos bromear en algún momento. Subo las escaleras hasta la segunda planta y mientras camino pienso en Bob, y en cuánto desearía verlo de regreso en casa. Doy un par

de pasos por el corredor y siento un impacto que me saca de mis pensamientos.

—¡Lo siento! —grito luego de tropezar con alguien frente a mí y arrojar el café que traía en la mano—. Perdón, no quise…

Me quedo muda cuando dejo de mirar su camisa blanca manchada y observo su cara.

—Descuida, en el primer día siempre pasa —dice sonriente y me hace sentir peor—. Tú eres la mujer del estacionamiento.

De repente, miro la hora y noto que debo correr a hablar con mi jefe. Le ofrezco una servilleta de papel que guardaba en mi bolsillo y salgo de inmediato hacia las escaleras para llegar a la siguiente planta.

—¡Ainara! —me dicen apenas llego—. Ven, necesito presentarte a alguien.

Es Phillip, está con Peter Bennett a su lado. «Por favor, que no me pregunten si estoy bien», pienso mientras camino hacia ellos.

—Buenos días, jefe. Peter.

Ambos me observan con esa mirada tan desagradable, con lástima. Pero sé que tienen las mejores intenciones, me quieren y desean verme salir adelante.

—Bueno —digo en tono burlón mirando a Peter—. ¿No había alguien más guapo para presentarme?

Ambos ríen y mi jefe sigue.

—De hecho, sí. —Mira detrás de mí—. Ahí viene.

Observo a mi lado y quiero meter la cabeza debajo de la tierra al verlo.

—Ainara, te presento a Freddie Tanaka.

El joven, con la camisa manchada de café, me estrecha la mano con una sonrisa enorme en la cara.

—Mucho gusto —contesto, y respondo también el apretón, mientras casi lo escucho carcajearse por dentro.

—El agente Tanaka es el nuevo miembro del departamento y le hablé muy bien de ti, espera con ansias aprender todo lo que pueda, ¿no es así, agente? —pregunta mi jefe colocando su mano en el hombro del chico, que no deja de sonreír como un niño feliz.

El chico asiente y bromeo para bajar tensiones.

—Muy bien, estoy segura de que tengo en mi oficina un biberón de alguna de las colegas que han sido madres, se lo daré hasta que aprenda a beber café como un hombre.

Los tres estallan de la risa, ninguno había tenido tiempo de decirle algo sobre su camisa manchada. Unos minutos después, Bennett acompaña a Tanaka al vestidor y mi jefe aprovecha para entregarme una carpeta con expedientes, y ponerme al tanto sobre un nuevo caso de investigación.

—Hemos estado registrando una serie de incendios en varias zonas los últimos días —dice Phillip a la vez que me da una taza de café y caminamos por la oficina, atestada de gente en plena actividad—. Al principio se reportaban como accidentales, pero luego prestamos más atención a los lugares que se quemaban.

—Rochester, dos almacenes vacíos —digo con el expediente en una mano y la taza de café en la otra.

—Exacto —continúa él—, los siguientes dos fueron en el este de Búfalo. Un deshuesadero de autos y un edificio que, se suponía, estaba vacío. Dos indigentes escogieron un mal lugar para refugiarse del frío y terminaron rostizados. Luego, en Albany, dos casas terminaron igual, esta vez con víctimas… y un edificio lleno de gente tuvo el mismo final ayer por la noche.

—¿Cree que sean intencionales? —pregunto y veo a Bennett y Tanaka aparecer en la puerta.

—Eso es lo que tienen que averiguar. Vayan a Albany, investiguen si hay evidencia que los ayude. —Señala a Freddie—. Tanaka, acompáñalos.

Escena del crimen en el edificio residencial. Albany, Nueva York
13:02 p. m.

El edificio estaba rodeado por un cordón policial. Los bomberos comían sándwiches, parecían haber acabado con el fuego hace poco.

Uno de ellos camina hacia nosotros y se presenta con la mano llena de hollín dispuesta a estrechar.

—Debe ser la agente Pons, mi nombre es Ray Nelson. Soy el jefe de bomberos de Albany.

—Sí, mucho gusto —respondo—. Ellos son los detectives Bennett y Tanaka, tengo entendido que hay sobrevivientes.

—Sí, doce. Están por allá. —Señala con el dedo—. Junto a la ambulancia.

Envío a Tanaka a interrogarlos para recabar información mientras Bennett y yo hablamos con Ray.

—Hay víctimas, ¿verdad? —pregunta Bennett.

—Me temo que sí —responde Ray mientras caminamos hacia el lugar—. Una mujer y un hombre, ambos ancianos, y un chico de unos veinticinco años en silla de ruedas. Por su condición, supongo, no pudieron escapar de las llamas.

—¿Tiene idea de qué pudo haber originado el fuego? —intento indagar.

—No lo sé con exactitud, pero esto no se ve como el típico caso de incendiarios jóvenes sin motivo previo o pandillas buscando venganza.

—¿Cómo lo sabe?

—Investigo casos de incendios provocados para prevenirlos en el futuro. —Eleva la mirada al inmenso esqueleto negro de fierros y cemento frente a nosotros—. ¿Nota cómo el color negro es más fuerte en el centro? El fuego se inició en el centro del edificio, y se extendió desde ahí. Por eso es por lo que las víctimas que vivían arriba no pudieron escapar. —Uno de los bomberos grita su nombre —. Disculpen, me tengo que ir; si necesitan algo más, háganmelo saber.

Tanaka regresa luego de un momento y hablamos mientras entramos.

—¿Qué averiguaste? —pregunto y los tres atravesamos una montaña de escombros vueltos cenizas.

—Dicen no haber visto a ningún sospechoso, excepto una señora de mediana edad, quien dice haber visto a alguien filmando con su

teléfono móvil parte del incendio, pero no tiene más datos. Todos están de acuerdo en haber visto un humo de color rosa.

Bennett y yo volteamos a verlo.

—¿De cuál estaban fumando? —pregunta Bennett—. ¿Cómo que humo rosa?

—Lo vieron varios vecinos de Albany, parece que acudieron por eso y luego comenzaron las llamas.

De pronto, se desprende una enorme placa de madera gruesa hecha carbón y Bennett me abraza con fuerza y tira hacia él.

—¿Estás bien? —Me mira a los ojos por un momento y casi puedo sentir su corazón galopar dentro de mí.

No logro pensar con claridad, todos los recuerdos se vuelven a cruzar en mi mente. Se acerca un poco más a mi cara y cierro los ojos.

—¡Oigan! —grita Tanaka del otro lado de la pared quemada—. Deberían ver esto.

Nos desprendemos, dejando atrás la situación, y acudimos al llamado. Freddie se encontraba frente al ducto de aire central, abierto por el fuego.

—Creo que es un plástico, una especie de cinta adhesi...

—¡No la toques! —grita Bennett y se acerca a él sacando algo del bolsillo—. Ponte guantes, podría tener huellas.

Intento acercarme, pero en el suelo hay desparramados vidrios en una zona ovalada. Pienso y trato de unir cabos. El rastro de los vidrios, la cinta en el ducto de aire, el humo de color.

—Podría ser un asesino serial —pienso en voz alta y miro a Bennett—. Tenemos que investigar los incendios anteriores.

Salimos del edificio y, al no encontrar al jefe Ray, llamo a uno de los bomberos para averiguar un poco más.

—En esta semana, este es el tercero, antes hubo dos casas. La primera fue en el Midtown Valley, no sobrevivió nadie —comenta el bombero—. En la segunda, cerca de aquí, solo sobrevivió la hija menor; está internada.

—Entiendo, ¿sabe en qué hospital está? —pregunto.

—Sí, en el Madre Teresa. Se llama Christine Salk.

—Muchas gracias —respondo y me dirijo a Tanaka y Bennett—. Tenemos que interrogar a la niña, ella pudo haber visto al perpetrador.

4

Hospital Madre Teresa. Albany, Nueva York
Lunes 21 de enero
3:20 p. m.

El auto se detiene frente al hospital, pero estoy petrificada. El recuerdo de Danny me tiene atormentada ahora que me encuentro totalmente sola, sin Bob. Sé que todo es de otro modo, entiendo que estoy en mi trabajo ideal, siempre he sido una agente del FBI. Ojalá pudiera evitar sentirme desorientada, no quiero estar así.

—¡Ainara! —Escucho a Peter detrás del vidrio de la puerta del auto—. ¿Vas a bajar?

Asiento con una mirada fría, tratando de disimular mi distracción, y abro la puerta. Caminamos junto con Tanaka hacia la entrada del hospital y la puerta corrediza se abre ante nosotros, ya se puede percibir el fuerte olor a desinfectante típico de estos ambientes.

—Disculpe —Bennett interrumpe a una secretaria ubicada en un pequeño cubículo detrás de un cristal cubierto de notas—. Bus…

—Tome un número y espere en un asiento —responde fríamente la mujer mientras toma notas maltratando una goma de mascar en su boca.

Observo a Bennett mirarme con cara de póker y decido tomar el control.

—Buscamos a Christine Salk —digo metiendo la mano por la abertura del cristal para colocar mi placa sobre sus anotaciones—.

¿Puede indicarnos en qué habitación se encuentra?

La secretaria nos observa a los tres y de mala manera comienza a hojear sin prisa sus registros. Finalmente responde:

—Habitación 108, segunda planta a la derecha.

Subimos al ascensor y observo a Tanaka rascarse repetidamente la entrepierna, luego dirijo la mirada a Bennett y se ríe.

—Lo siento —dice Tanaka con una sonrisa tímida—, me he comprado ropa interior nueva y creo que soy alérgico al material.

—Ten cuidado, muchacho, usa preservativo —bromea Bennett.

El joven se sonroja y la puerta del ascensor se abre.

—¡Muévanse, muévanse! Acaso no ven que tenemos que entrar. Estos yanquis y sus modales. —Un anciano con acento escocés, en silla de ruedas y dirigido por una enfermera, pretendía entrar al ascensor.

Caminamos a la derecha en busca de la habitación de Christine.

—Aquí es —dice Bennett moviéndose hacia adelante para entrar, pero lo detengo.

—Espera. —Peter observa mi mano en su pecho y Tanaka se queda mudo—. Déjenme hablar con ella. Ha pasado por mucho y quizá se sienta más cómoda con una mujer.

Ambos me miran y asienten, comprensivos, pero en la mirada de Peter había también extrañeza. Trato de no mirarlo demasiado tiempo a los ojos porque recuerdo de manera involuntaria lo que sucedió en la azotea de su edificio, aquel beso hace un año... Inmediatamente, golpeo y abro la puerta de la habitación 108.

La niña se encuentra sentada en la cama, con sondas en el brazo, y entre sus pequeñas manos carga una tableta. Mantiene toda su concentración en el juego, tanto que ni siquiera nota mi presencia.

—¿Se puede? —pregunto y no voltea a verme, parece hipnotizada.

Camino y, sin darme cuenta, piso un muñeco de hule en el suelo que produce un sonido agudo y fuerte. Ella voltea y me observa. Tiene quemaduras en la mitad del lado izquierdo de su cara y se ven apenas cicatrizando.

—Hola, Christine —saludo con la sonrisa más amable que tengo —. Te llamas Christine, ¿verdad?

—Sí —responde con una voz tierna y posiciona nuevamente los ojos en su tableta—, Christine Marion Salk.

Me acerco y tomo una silla junto a su cama.

—¿Cuántos años tienes, Christine?

—Tengo ocho años y medio —responde sin dejar de jugar.

Siempre me resultó complicado tratar con niños, supongo porque no me veo aún criando a uno.

—Christine, necesito hablar contigo acerca de lo que sucedió en tu casa.

—¿Quieres jugar *Adopt me!*? —me pregunta mostrándome la tableta con un juego de cachorros en una tienda.

—Escucha, Christine, esto es muy importante. ¿Recuerdas lo que sucedió antes de…?

—Ya se llevaron a Tobby —me interrumpe y vuelve a tomar el control del juego—. Me han dado muy poco dinero por él, y no es justo porque me costó mucho tiempo hacer que crezca. Ahora tengo a Nikkie, Martin, Lu, Rabby y Ariel.

Comienzo a desesperar y le pido que me preste su tableta, para ver si así me escucha, y accede.

—¿Recuerdas haber visto a alguien antes del incendio?

—¡Sí! —responde con una sonrisa.

—¿A quién? ¿Cómo era? —pregunto con toda mi atención en ella.

La niña voltea la tableta, que yo dejé caer entre mis piernas.

—¡Has logrado pasar el nivel! —grita y vuelve a tomar la tableta para jugar ella.

Entonces, entiendo que es una pérdida de tiempo y la dejo jugar. Salgo de allí y veo a Bennett y Tanaka sentados, hablando del último juego de los New York Yankees.

—Es inútil —comento y me acerco a ellos—, la niña está muy concentrada en el juego de la tableta, no nos dará información.

—¿Has intentado jugar con ella? —pregunta Tanaka y Peter y yo lo miramos—. Yo hago eso con mi sobrina cuando mi hermana esconde mis calcetines, y ella me lo dice.

Ambos intercambiamos miradas y Peter me dice que debemos volver a la oficina.

Veterinaria Baresi. Queens, Nueva York
6:30 p. m.

Toco el timbre y espero un momento, parece una eternidad. Estoy tan ansiosa que me encantaría correr a mi Tundra para darle otro trago a la botella de *whisky*, pero alguien abre la puerta. Es Jack, quien me recibe con una increíble sonrisa, esta vez sin sangre en las manos y vestido como una persona normal.

—Ainara, bienvenida. —Me abraza e invita a pasar—. Me parece que alguien quiere verte.

Veo a mi bestia negra acercarse, quien, galopando con toda su belleza, me tumba de un salto. Se ve increíblemente fuerte, incluso su pelaje está más radiante.

—¡Oye! —grito mientras me lame toda la cara—. ¿¡Cómo está mi bestia!?

Aparece Deborah y nos observa, sonriendo con culpa por interrumpir.

—Cuando terminen de reencontrarse, suban, preparé café —dice y camina junto con Jack por las escaleras hacia la segunda planta de la casa, donde está su hogar.

Intento levantarme del suelo y observo a una joven entrar. Tiene la cara exageradamente maquillada de colores oscuros, y va de negro desde el pelo hasta los zapatos.

—Disculpa, pero creo que está cerrado —le digo y recuerdo lo que me habían comentado los Baresi sobre su hija rebelde—. ¡Oh!, tú eres Pamela, ¿verdad?

Ella me sonríe amablemente y sube a la segunda planta conmigo. Noto en su mochila, de color negro, la palabra «Alkaline» bordada sobre la tela. La niña saluda a sus padres y de inmediato se encierra en su cuarto.

—Pam se encuentra mucho mejor —comenta Deborah con una bandeja con café y galletas de canela en las manos—. Ha vuelto a hacer sus deberes y come normal.

—Le hemos devuelto su celular y la tableta —sigue Jack—. Aunque supervisamos todos los días sus conversaciones, para evitar que vuelva a caer en malas influencias nuevamente.

Pruebo una de las galletas y una bomba de sabor inunda mi mente; están tan sabrosas. Pienso en que quizá debería salir a comer algún día comida de verdad en lugar de la chatarra de siempre.

—¿Ella siempre viste… tan oscuro? —pregunto con curiosidad.

—Nos ha comentado que decidió adoptar la cultura *emo* —comenta Jack—. Ya sabes, supongo que no puedo decir que es extraño, yo mismo a su edad era fanático del *rock* y vestía y actuaba como mis cantantes favoritos. —Se ríe junto con Deborah—. Es una etapa adolescente y hemos decidido aceptarlo.

Bob, que hasta ahora se encontraba a mi lado, se sube y se acurruca en mis piernas. Debe haberme extrañado demasiado, y lo comprendo.

—Hemos reservado una cita con una psicóloga —dice Deborah—, especialista en adolescentes.

Me siento feliz por ellos, son personas excelentes y detesto que la gente así la pase mal.

—¿Cuánto tiempo llevan casados? —pregunto y tomo otra galleta de la bandeja.

—Mañana serán quince años —responde ella, se toman de la mano y se miran por un momento y luego se dan un beso.

Sin pensarlo, saco mi agenda para recordarme traerles un presente mañana por haberme devuelto sano a Bob, cuando en mi mente comienzo a hacer consciente este acto: es la primera vez en mucho tiempo que en mi agenda reservo un lugar para conmemorar una fecha importante. Noto que mi vida, luego de la muerte de Danny, ha cambiado mucho. Yo he cambiado.

Bar Palms. Brooklyn, Nueva York
9:00 p. m.

Mientras espero a Amy, ordeno una ronda de *whiskies* y miro a la gente a mi alrededor. Jóvenes hermosas vestidas de coctel, charlando con chicos guapos y seguro adinerados, sin ninguna preocupación. Me invaden las ganas de transportarme a esa vida, pero la llegada de Amy interrumpe mi sueño involuntario.

—¡Ey! —Nos damos un gran abrazo—. Ha pasado tiempo.

—Vaya que sí —respondo y noto lo guapa que se ha puesto, algo que no me hace sentir mejor.

Amy tiene ojos verdes intensos y como siempre la veo bien maquillada.

—¿Qué quieres tomar? —pregunta inocentemente, sin saber que ya tomé tres *whiskies* antes de que ella llegara.

—Tranquila, acabo de pedir estos. —Le acerco un vaso y nos acomodamos para charlar.

—Me enteré de que has regresado a tu antiguo puesto en el FBI.

—Sí, todo está igual que antes. La verdad, estoy muy contenta con ello, luego de… lo de Danny, las cosas se han vuelto más cuesta arriba.

Noto la mirada en Amy, no es como la de los demás. Ella me entiende y no demuestra lástima, sino respeto y empatía.

—Cuéntame, ¿cómo estás con lo de Danny?

Hay tanto en mi cabeza que no sé por dónde comenzar. Tampoco es mi intención cargarla con mis problemas, pero creo que ella lo sabe.

—Es bastante duro, Amy, y creo que jamás podré superarlo.

—¡Ainara, no digas eso! Eres la mujer más fuerte que conozco. Has pasado por cosas terribles y siempre te veo de pie y dispuesta a combatir el riesgo.

Bebo de un sorbo la mitad del líquido en mi vaso, solo quedan los deformados cubos de hielo. Reúno el valor y saco de mi bolsillo la pequeña caja de plástico cubierta de terciopelo y se la enseño.

Trago saliva, me quedo un momento en silencio y Amy me mira intrigada.

—Ábrelo —le sugiero y lo hace—. Es la sortija que Danny me dio justo antes de que esos desgraciados criminales del Anillo comenzaran a tirar balas hacia nosotros. Estaba ahí, diciéndome que me amaba, y yo no podía pensar en otra cosa que en las amenazas de esos malditos mafiosos. —Se me escapan unas lágrimas.

—Fue cuando le dispararon —comenta Amy observando la pequeña caja con la sortija.

Me froto los ojos con una servilleta de papel y asiento.

—Jamás me perdonaré el haber sido tan estúpida de no escucharlo —digo alterada—. Él me amaba y me lo decía a diario, y yo dejé que mi maldito orgullo y miedo me dominaran, y jamás pude decírselo.

—Ainara. —Amy me aprieta fuerte la mano y me mira a los ojos —. Esto no fue tu culpa, no podías hacer nada más de lo que has hecho, y lo que has logrado es increíble. Desbarataste sola a una asociación internacional de asesinos dispuestos a matar al presidente y gobernar el mundo entero, y estoy segura de que Danny lo entendería.

La dulce voz de Amy me reconforta más aún que sus palabras, pero no puedo evitar la culpa de no haber escuchado a mi amado.

—¿Sabes qué? Vamos a pedir otra ronda —dice Amy tratando de animarme y alza la mano para gritarle al cantinero—. ¡Dos *whiskies* más, por favor!

—Si buscas competencia, entérate, vas perdida —bromeo para bajar tensiones.

—¡Jah! ¿Quieres apostar? —responde recibiendo los vasos que el cantinero le entrega—. Cuéntame, ¿ya te has puesto al corriente en el trabajo?

—Desde que pisé la oficina. Investigamos un caso de un posible pirómano, ha habido una serie de incendios en diferentes edificaciones y creo que siguen un patrón.

—¿Hay testigos? —pregunta como la buena reportera que es.

—Solo uno. Es una niña de ocho años que permanece en observación en el hospital y es un verdadero fastidio como testigo —

comento con desgano—. No he podido sacarle ni una palabra porque se la pasa con la tableta metida en esos jueguitos, parece un zombi, y tampoco tuve el valor de presionarla porque sé que ha pasado por mucho.

—¿Has probado jugar con ella? —insiste, pero la pregunta de Amy me recuerda a la de Tanaka, la que descarté de inmediato.

—¿Cómo que jugar con ella? —En mi voz hay una mezcla de intriga y sarcasmo.

—Los niños no piensan del mismo modo que nosotros, para ellos no hay mucha diferencia entre el mundo real y el de su programa favorito de la televisión. A esa edad pesa más la imaginación.

—Vaya —digo ante la sorpresa de su respuesta—, eres toda una mamá. ¿Cómo es que sabes tanto de niños? ¿Acaso tuviste uno y no me he enterado?

—¿Y arruinar mi figura? ¡Jamás! —Ambas reímos y continúa—. Mi sobrina, pasé mucho tiempo cuidándola, y cada vez que necesitaba que hiciera o me contase algo era imposible. Descubrí que si me interesaba en sus jueguitos y me metía en «su mundo» para jugar con ella, nos comunicaríamos mejor.

—¿Y funcionó? —pregunto con genuino interés.

—Digámoslo así, ahora su madre me pide ayuda cada vez que necesita comunicarse con su pequeña Jazmín. La confianza es la clave.

Tomo nota de la gran información que acaba de revelarme Amy y pedimos otra ronda de tragos.

11:45 p. m.

—Son $23,50 —dice el taxista y me observa al ver que me es imposible sacar billetes de mi bolso por culpa del alcohol que llevo encima.

Por fin, logro hacerlo. Le digo que se quede con el cambio y cierro la puerta para entrar a casa, cuando veo en la esquina de la

calle la figura borrosa de un hombre. Trato de enfocarlo con mi disminuida visión, pero solo logro ver que es corpulento, vestía una chaqueta gruesa y una gorra. De repente mi bolso cae al suelo y me agacho a levantarlo.

—¡Maldición! —grito al no lograr estabilizarme.

Cuando levanto nuevamente la cabeza, el sujeto ya ha desaparecido. Escucho el ladrido de Bob desde la ventana. Quizá se pregunte qué hago parada aquí, borracha e imaginando cosas.

Entro a recibir el cariño de mi fiel amigo.

5

Oficinas del FBI, Nueva York
Martes 22 de enero
9:35 a. m.

DESDE QUE HE VUELTO a la oficina me siento mucho mejor. Las pesadillas y el dolor en el pecho son menos frecuentes y casi ya no afectan mi percepción de las cosas. Me siento nuevamente la jovencita que espera atrapar criminales y mantener seguro el mundo. Aunque ya no tenga la motivación de Danny, estoy segura de que esta será una nueva oportunidad para ser yo quien tome las riendas de mi vida. A medida que lo voy pensando… detengo mi reflexión frente a la computadora y veo a Peter del otro lado del escritorio, observándome, y se ríe.

—¡Atención! —Phillip nos mira—. Bennett, Pons y Tanaka, a mi oficina.

Nos dirigimos hacia allí y veo detrás del cristal a unos hombres adentro, miro a Tanaka y me hace un gesto de intriga con la boca.

—Entren —ordena Phillip y señala a los hombres—. Agentes Ainara Pons, Peter Bennett, Freddie Tanaka, él es el jefe de bomberos de Nueva York, Chad Wells. El jefe de operaciones, Julio Aguilar; nos acompaña también Mark Steel, perfilador criminal del FBI. Ellos nos ayudarán con el caso del pirómano para poder armar un perfil y encontrar al criminal lo antes posible.

—Hemos reunido varios elementos donde ocurrieron los siniestros —comienza Chad Wells con una carpeta en la mano y la otra en el bolsillo—. Según los reportes de los trabajadores, un material plástico con pegamento adhesivo se encontró en el sistema central del ducto de aire en los últimos tres incendios, junto con restos de una bengala de humo en la parte baja del mismo ducto y restos de pólvora que podrían pertenecer al interior de una mecha de seguridad. Pensamos que el perpetrador pudo haber colocado un sistema detonante por ese medio.

Mientras Chad habla, no puedo evitar sentirme intimidada por su porte masculino. Es un hombre alto y fornido, de ojos café intenso, con una voz potente y un cabello castaño perfectamente peinado que termina de favorecer su dialecto refinado.

—¿… no es así, agente Pons? —Logro escuchar su frase final con la pregunta que no logré oír por observarlo.

Miro alrededor y todos me miran esperando una respuesta; me siento una idiota.

—Disculpe, ¿cómo dijo? —Trato de disimular.

—En su informe, los trozos de vidrio en la altura media del edificio de Albany.

—Correcto —sigo—, tenían forma ovalada y estaban justo al lado del ducto central de aire. Deduje, por lo tanto, que podría tratarse de una bomba molotov casera.

—Entonces —continúa Tanaka—, ¿usaba la cinta adhesiva para fijar la mecha por el ducto de aire? ¿No es algo trabajoso?

—No creo que haya hecho eso en todo el trayecto de la mecha —comenta Julio Aguilar—, solo en la parte superior del edificio, desde donde suelta el rollo. Luego en el centro une la mecha a la bomba casera y usa la cinta para fijar todo.

—Y en la parte baja para colocar la bengala de humo de colores, como su firma —termina Bennett—. Pero ¿qué es exactamente lo que impulsa a estos locos a prender fuego a todo?

—Placer, por lo general —responde Mark Steel—. La mayoría de las veces los pirómanos han sido niños víctimas de violación o traumas, y ven el fuego como un medio por el cual alcanzar la libertad. Sienten la necesidad de provocarlos, es un impulso fuerte

para ellos, como la ira cuando nos sentimos agobiados y necesitamos explotar.

Bennett anota todo y coloca identikits en la pizarra de la oficina.

—¿De dónde salió ese identikit? —pregunto—. No tuvimos respuestas concretas de los testigos sobre un posible rostro.

—Son perfiles establecidos de acuerdo con el índice registrado de pirómanos —responde Mark acercándose a la pizarra—. Suelen ser hombres blancos, de veinticinco a treinta años, desempleados y con un carácter fuerte. No suelen ser los mejores haciendo amigos y tienen una tendencia asocial bastante importante. Además, en algunos se ha registrado que se quedan observando o grabando el incendio en medio de la multitud.

—¿Es posible que solo se trate de un adolescente con tendencia a la destrucción o busque subir su autoestima salvando personas, luego de provocar el incendio? —pregunta Bennett con los brazos cruzados, apoyado en el escritorio.

—Es algo a medias —responde Mark—. Alguien con tendencia a la destrucción puede ser incendiario, canalizar su ira por ese medio; pero el pirómano tiene una conducta impulsiva, necesita hacerlo. También es posible que el pirómano se encuentre en un ambiente ideal y combine una necesidad de fuego con otra de salvar personas.

—He sabido de casos reportados de trabajadores en esa situación. Claro que hace mucho tiempo —comenta Chad.

—Un momento —interrumpe Tanaka—, ¿ha habido bomberos pirómanos?

—Pues las enfermedades mentales son una lotería y nadie queda exento —sigue Chad y, nuevamente, quedo admirada por su madurez.

—Todos tienen *modus operandi* similares, pero la firma es auténtica y distintiva —sigue Julio—. Tenemos como posible «marca» en nuestro pirómano el humo de colores antes del incendio, la bengala que ha sido encontrada en los últimos tres incendios en Albany.

—En los anteriores solo había rastros de la cinta adhesiva y pólvora, es posible que no haya querido destacar o la prueba de ello se haya perdido entre las llamas —comenta de nuevo Chad—. De

todos modos, estoy seguro de que ha habido un cambio, alguna motivación luego de Búfalo que le haya incentivado a colocar las bengalas para llamar la atención.

De repente, me pongo pensativa y dejo de escuchar. Recuerdo que en el edificio de Búfalo unos indigentes que buscaban refugio resultaron muertos en el incendio, y luego de eso, los siguientes tuvieron víctimas fatales aseguradas.

—Claro, quiz…

—¡Las muertes! —digo en voz alta, y todos me miran otra vez luego de interrumpir a mi jefe—. Hasta el incendio de Búfalo todos eran edificios vacíos: deshuesaderos de autos, almacenes… Él se aseguró de que así fuera.

Observo cómo todos me miran con especial atención.

—Luego de la muerte de los indigentes, en el edificio abandonado —sigo eufórica señalando puntos en la pizarra—, cambió sus objetivos y se aseguró de que hubiera víctimas. El humo es la clave de su nuevo impulso: asesinar.

Sus rostros demostraban admiración, sobre todo el de Mark Steel, perfilador criminal del FBI. Prácticamente me había encargado de realizar su trabajo.

—Bien hecho, Ainara —dice mi jefe—. Los tres prepárense para comenzar la etapa de rastreo. Tenemos un sujeto solitario de veinticinco a treinta años, caucásico, desempleado y seguro carga un bolso o mochila con los siguientes elementos: mecha de seguridad, cinta adhesiva, bengalas de humo y algún generador de llama, como un encendedor de bolsillo. Cabe la posibilidad de que se quede observando o grabando el incendio, no descartar esto —ordena.

Todos comienzan a moverse y en mi cabeza resuena el comentario del jefe del Departamento de Bomberos, de que alguna vez hubo bomberos pirómanos. Entonces me acerco a él.

—Chad, ¿puedo hablarle un momento?

—¿Qué necesita, agente Pons? —responde de modo servicial.

Comento de manera casi rutinaria y sin dudarlo.

—Me gustaría hablar con el cuerpo de bomberos bajo su cargo, particularmente los que presten servicio en Rochester y Búfalo.

Chad lleva su fastidiosa mirada a un lado y toma una larga bocanada de aire.

—¿Acaso duda de mi personal, agente Pons?

—Solo es un procedimiento de rutina —respondo con amabilidad y tratando de apaciguarlo para que me dé el maldito acceso—. Usted comentó hace un momento que…

—Sé muy bien lo que acabo de comentar, agente —responde con total frialdad en la voz y ya no me parece tan atractivo—, también sé que las cosas cambian con los años. Desde que yo estoy a cargo del Departamento de Bomberos no ha existido tal negligencia y cada trabajador, antiguo o nuevo postulante, es evaluado como corresponde antes de colocarse el uniforme.

Me quedo un momento en silencio y trato de responder con calma.

—Escuche, Chad, no estoy acusándolo a usted o a alguno de los bomberos de haber participado en esto. Lo único que quiero es hablar con ellos para descartar cualquier posibilidad, incluso podrían darme información, algo que nos ayude a atrapar al verdadero asesino. —Veo que la actitud de Chad Wells comienza a cambiar—. Todos aquí perseguimos el mismo objetivo, atrapar a ese desgraciado y salvar vidas.

Chad lleva la mirada nuevamente a un lado y responde con total seriedad.

—Haga lo que tenga que hacer, Ainara. Tiene mi consentimiento.

En ese momento suena su teléfono móvil y, al ver en la pantalla de quién se trata, responde diligente, como un niño pequeño.

—Mamá, ya te he dicho que no me llames a estas horas...

Yo me volteo y sonrío... «Hombres, siempre son como niños», pienso y me voy.

6

Utopia Playground Park. Queens, Nueva York
Martes 22 de enero
4:15 p. m.

Observo a Bob jugar con los niños en el parque. Se lanzan una pelota de hule unos a otros en una ronda y él trata de atraparla, casi como uno más de ellos. Me pregunto si algún día tendré un niño propio, uno que saliera de mi vientre luego de nueve meses de dolores de espalda y pasteles de manzana. Pienso que me estoy volviendo vieja y solitaria.

Uno de los niños corre en dirección a la banqueta donde estoy sentada y veo que se coloca frente a mí, con una sonrisa y las manos a los lados. Permanece mirándome, sin hacer nada, como si esperase alguna especie de respuesta que yo no soy capaz de dar.

—Quiere la pelota —escucho decir detrás de mí—. Está debajo de la banca.

Veo que la mujer se acerca y saca la pelota para dársela al niño, que rápidamente sale corriendo.

—Noah —comenta la mujer mientras se sienta a mi lado— es sordomudo.

—Pobre niño —digo y sigo mirando.

—No es tan malo, soy compañera de pilates de su madre —dice la mujer y no estoy interesada en lo que está diciendo—. Si quieres puedo pasarte la direcc...

Dejo de oírla cuando noto que algo que tengo enfrente llama más mi atención, del otro lado de los arbustos. Al principio se me dificulta identificar de qué se trata, pero luego puedo ver una persona que parece estar escondida, observándonos. Entonces comprendo que es a mí a quien observa, parece ser el hombre que hacía lo mismo en la esquina de mi casa, el de la gorra deportiva.

—Disculpa —interrumpo a la mujer y salgo caminando hacia él.

De repente me ve a los lejos, acercándome, se da la vuelta y comienza a caminar en dirección contraria. Me llama la atención su chaqueta, en la espalda tiene el logo de un equipo de *hockey*; me apresuro a correr, cuando escucho un fuerte quejido de Bob a mis espaldas.

—¡Oye! —escucho gritar a un sujeto que intenta separar a un perro callejero que ataca a mi Bob.

Me acerco rápido hacia él y no parece tener daño alguno. Le coloco la correa y volteo a ver en dirección al desconocido, pero no hay nadie. Por un momento me invade el sentimiento de desconocerme a mí misma, y me preocupa estar volviéndome loca.

Veterinaria Baresi. Queens, Nueva York
1:00 p. m.

Toco el timbre de la veterinaria para darles el presente que les compré a los Baresi. Veo mi reflejo en el vidrio de la ventana y aprovecho para arreglarme un poco, cada día estoy más descuidada. Vuelvo a tocar, pero nadie atiende. Bob permanece a mi lado, está algo inquieto y me mira.

Llevo mi dedo nuevamente al botón del timbre, cuando noto la puerta no del todo cerrada, la empujo despacio y esta se abre. De inmediato marco el número de Jack en mi móvil, pero no responde.

—¿Hola? —Entro despacio y no parece haber nadie—. ¿Jack?

Apenas entramos, Bob comienza a tirar de su correa y trato de detenerlo. El lugar está vacío, llevo mi mano en dirección a la cintura

para desenfundar mi arma y el regalo envuelto en papel verde azulado cae al suelo.

—Jack, Deborah…

No obtengo respuesta alguna.

De repente, Bob se suelta con un torpe movimiento y sale corriendo hacia las escaleras, para luego desaparecer rápidamente hacia la segunda planta.

—¡Bob! ¡Maldición, Bob!

Me dirijo allá con la mira de mi Smith & Wesson Competitor hacia el frente. A cada escalón trato de no pensar en lo peor, ni siquiera en la ausencia de Bob, que no produce sonido alguno allá arriba.

Abro la puerta entreabierta de la entrada principal y todo parece estar en calma, no digo ni una palabra y mantengo mi postura firme. Atravieso el vestíbulo de la entrada, hacia el salón principal, y lo primero que desde mi perspectiva aparece es una mano en el suelo, detrás del sillón.

—¿¡Hay alguien aquí!? —grito con voz segura—. Soy policía... ¡No intente nada y salga con las manos en alto!

A medida que me acerco, mi corazón se acelera y finalmente puedo ver la escena. Jack y Deborah, ambos permanecen en el suelo con los ojos abiertos, muertos y con la expresión llena de pánico. Miro alrededor y no parece haber nadie allí, solo los dos cuerpos junto a un par de copas y el vino esparcido, y no hay rastros de sangre o cortaduras. Me acerco y coloco el dedo índice en el cuello de Jack. No tiene pulso.

—¿¡Qué demonios ha pasado!?

Trato de apaciguar mi desesperación y me es imposible bajar el arma. Intento no pensar en ellos antes de esto, intento olvidar que es su aniversario de quince años de un feliz y próspero matrimonio. De inmediato pienso en Pamela y me dirijo a su habitación, esperanzada en que continúe aún con vida.

Corro hacia las habitaciones. Veo el baño, una habitación de huéspedes, y por fin encuentro la de Pamela. Abro la puerta, pero no hay rastros de ella allí y comienzo a pensar en un secuestro. Escucho un ruido de algo acercarse a la puerta, mi corazón se

detiene y en un fugaz movimiento llevo el arma hacia el frente. Veo a Bob en la puerta y mi ritmo cardíaco comienza a bajar.

—Pamela —pienso en voz alta—, se la han llevado.

Tomo mi teléfono móvil y marco el número de la oficina.

—Oficina del FBI —escucho decir a la operadora.

—Soy la agente del FBI Ainara Pons, me encuentro en el 203 de la 57th Street en un aparente caso de homicidio y secuestro de una menor. Tengo dos cuerpos sin vida y necesito personal forense de inmediato. ¡Repito, de inmediato!

7

Vivienda Baresi
Martes 22 de enero
9:05 p. m.

Me siento una completa inútil. Mi jefe y Peter me han obligado a permanecer sentada hasta que el equipo forense termine de examinar la escena. Veo los ojos sin vida de Jack y Deborah y no puedo evitar sentir una gran decepción por la vida, eran buenas personas, de las mejores que he conocido. Tengo un nudo en la garganta que no me permite tragar saliva y desearía poder gritar con todas mis fuerzas. No soporto seguir aquí. Me levanto, camino hacia la cinta de seguridad que rodea la escena y ya puedo ver a Peter acercarse hacia mí.

—Ainara. —Me toma del brazo, firme—, ¿qué estás haciendo?

—No voy a permanecer un minuto más en esa silla sin hacer nada. ¡Míralos! —Dirijo la mirada hacia los cuerpos en el suelo—. Debo encontrar al desgraciado que hizo esto. Y necesito hacerlo ahora mismo.

Peter agacha la cabeza para luego mirarme con compasión. Él siente mi dolor, puedo percibirlo, pero la rabia me nubla el pensamiento.

—Ainara. —Me coloca las manos en los hombros para que lo mire —. Sé lo difícil que debe ser esto para ti. No hay nada que pudieras haber hecho para evitarlo.

¡Maldición! Me quedo sin palabras, él tiene razón, pero no puedo dejar de sentirme culpable. Quizá si hubiese llegado antes.

—Peter, no necesito un hombre compasivo ahora. —Quito sus manos de mí—. Necesito al mejor agente del FBI para resolver este caso.

Observo a mi alrededor y veo al equipo forense, tres oficiales de la policía, dos agentes externos y a Tanaka en silencio, con la mirada en nosotros. Cierro los ojos y me froto la sien con los dedos. Las luces de las sirenas siguen iluminando la sala desde afuera y los murmullos de quienes están aquí me vuelven loca; ¡necesito respuestas!

—Ainara. —Escucho una voz y miro a la forense que se pone de pie para acercarse a mí, quitándose los guantes.

—¿Sabe cómo murieron? —pregunto desesperada—. ¿La hora de la muerte o algo que nos ayude con el caso?

Peter me mira y permanece en silencio.

—Acabo de analizar las copas que encontré en el suelo y había rastros de cianuro de potasio en ambas —continúa ella.

—¿Sabes hace cuánto murieron? —pregunta Peter.

—De acuerdo con la concentración del cianuro y el *rigor mortis*, yo diría que llevan muertos unas tres horas. Estoy segura de que fue una dosis pensada para matar.

Una hora antes de que yo llegara. Necesito hacerle la pregunta y trato de no sonar demasiado involucrada.

—¿Fue rápido? —digo y evito cualquier expresión al preguntarlo.

—Los cristales de cianuro se combinan con los ácidos del estómago y eso provoca quemaduras en el tejido interno de la piel, lo que permite que la sustancia se esparza rápidamente por la sangre y llegue a todas las células del cuerpo. —La doctora trata de ser lo más clara posible—. Una vez allí, «corta» de inmediato la energía y la entrada de oxígeno en las células. La muerte se produce casi al instante. —Me mira con delicadeza—. Fue muy rápido, agente.

—Muchas gracias —respondo y me aparto con Peter para seguir hablando.

—¿Tienes idea de si pudo haberse tratado de un suicidio? —pregunta Bennett y de inmediato respondo.

—Definitivamente no, los Baresi no tenían motivo alguno para suicidarse. La forense dijo que la concentración del cianuro de potasio era bastante alta como para provocar una muerte segura. Quien haya hecho esto, sabía bien lo que hacía.

Mientras hablo, pienso en Pamela y en lo que Jack y Deborah me habían comentado sobre su comportamiento. Tuvieron que quitarle su celular para que no se contactase con aquel muchacho problemático.

—¿Qué piensas de la niña? —Peter interrumpe mi razonamiento mental—. No puede ser un secuestro por dinero, sino no habrían asesinado a sus padres; debe tratarse de tráfico de personas. Hemos tenido varios casos últimamente.

—No —comento segura—. El chico de…

Me desvanezco y caigo en los brazos de Peter, pero de inmediato vuelvo en mí.

—¡Ainara! ¿Estás bien? —Oigo su voz en una borrosa imagen—. ¿Cuándo ha sido la última vez que has comido algo?

—Creo que por la mañana —respondo y los brazos de Peter me dejan en el sillón.

Todo me da vueltas por un momento.

—Bien, te traeré algo de comer. Luego te llevaré a casa para que descanses.

—No. —Intento levantarme—. Debo hacer una llamada ahora mismo.

—¡Estás loca! —Peter me devuelve al sillón—. Debes descansar, Ainara, mañana haces todas las llamadas que quieras. Ahora quédate quieta por un minuto, le pediré a Tanaka que traiga algo de comer. No te muevas, por favor.

Quizá la orden de Peter sea oportuna. No puedo pensar con claridad, y lo necesito con urgencia. Apenas me recupere, hablaré con Andrew Collins, mi *hacker* favorito, el único capaz de recabar información de manera rápida en la Red.

Vivienda Pons
Miércoles 23 de enero
7:30 a. m.

No sé en qué momento me he dormido, pero creo que nunca en la vida me había despertado tan descansada y llena de energía. Me levanto y pongo a funcionar la ducha para darme un rápido baño de agua caliente. Mientras, aprovecho para marcar un número en mi celular.

—¿Quién demonios llama a esta hora? —escucho preguntar a la voz enfadada y adormecida del otro lado.

—¿Acaso los *hackers* jamás trabajan?

—¿Ainara? —responde sorprendido—. Oye, llevas bastante tiempo desaparecida. ¿Cómo has estado?

—Me parece que el desaparecido eres tú. —Cambio mi tono para ir directo al grano—. Escucha, Andrew, necesito que nos encontremos cuanto antes.

—¿Quieres eliminar a otra organización criminal internacional? Porque no sé si pueda seguir haciéndolo, ya me estoy poniendo viejo.

El tono irónico de Andrew ahora no me parece tan gracioso, sino real. El tiempo en este trabajo se está llevando nuestra juventud, y no puedo evitar pensar en Danny. Me pregunto si en algún momento mi vida será igual a la de la mayoría de las personas en el mundo.

—Necesito que investigues a alguien. Su nombre es Pamela Baresi, es una adolescente que desapareció ayer en la noche y necesitamos encontrarla —le digo y le pido que tome nota—. Necesito que encuentres a su contacto, ella tenía un novio; además, ella se declaraba *emo*. Investiga sus redes sociales, trata de buscar la mayor información posible; si lo encontramos a él, encontramos a Pamela.

—Entiendo, no será complicado —indica Andrew—. Te llamaré en cuanto encuentre algo.

—Espera. —Intento recordar el nombre bordado en la mochila de Pamela, puede ser algo que nos lleve con la chica—. Busca información sobre la palabra «Alkaline», todo lo que puedas averiguar sobre eso y de lo que te hablé antes.

Corto la llamada y comienzo a quitarme la ropa. Antes de entrar a la ducha, me doy cuenta de lo vacía que está la habitación y llevo mi mano hacia uno de mis brazos desnudos. Comienzo un roce con los dedos sobre la piel y trato de recordar cómo él lo hacía, caricias suaves y amorosas, con la paciencia de un artesano sobre el barro mojado. Se me escapa una sonrisa… Me detengo y entro a la ducha de inmediato.

Al salir de la ducha me encuentro a Bob parado en la puerta, me mira con cara de que quiere algo. Termino de secarme el pelo y me agacho para acariciar a mi bestia fiel. Me quedo un momento quieta, mirando hacia la nada para pensar en el asesino de Jack y Deborah, necesito hallarlo cuanto antes para averiguar por qué razón los asesinó. Quizá sea una venganza del novio de Pamela por haberlo separado de ella… Espero que ella esté bien. ¿Cómo lidiará la pequeña con la muerte de sus padres una vez sea rescatada? Estoy segura de que volveré a verla, necesito pensar en eso.

Bob pega un fuerte ladrido y me tumba al dirigirse corriendo a la ventana. Veo que sigue ladrando como loco y me acerco para ver de qué se trata, quizá una paloma o alguna otra ave del vecindario. Llego a ver a través del cristal a un hombre con un abrigo para lluvia, pero no logro ver su rostro.

—¡¿Es él?! —susurro y me dirijo rápidamente a abrir la puerta.

Al hacerlo, puedo notar que no hay nadie allí afuera. Corro hacia la acera para ver a dónde ha escapado, pero no hay absolutamente nadie allí. Viento congelado y soledad, es lo único que hay.

Entro y cierro la puerta. Aprieto el puño con fuerza y me pregunto quién será este extraño que me está siguiendo, ¿o será solo mi imaginación?

—¿Qué me está pasando? —Bob me mira nuevamente hablando sola.

8

Oficinas del FBI, Nueva York
Miércoles 23 de enero
9:00 a. m.

Me apresuro a subir las escaleras de la oficina. El ascensor está descompuesto otra vez y estoy llegando bastante tarde. Jamás llego tarde y ellos lo saben, ambos me habían marcado al celular, pero no los atendí. Si esto habría pasado en la oficina de Seguridad Nacional, no me hubiese importado demasiado, pero sí aquí, con mis fieles compañeros del FBI.

Entro y observo el ajetreo normal. Oficiales tecleando sin parar, asistentes corriendo a sacar copias, y detrás veo un cristal que deja notar la sombra de un hombre alto apoyado en el escritorio, tomando un café: Peter. En una silla al lado se encuentra el muchacho con una carpeta o papel en la mano. No podría ser alguien más que Freddie Tanaka. Me abro paso entre los asistentes que corretean frente a mí y abro la puerta de la oficina.

—¡Y se hizo la luz! —bromea Peter al verme entrar.

Cierro la puerta, veo mi rostro reflejado en el cristal y me doy cuenta de la mala cara que llevo hoy, recuerdo que no he hecho ni el menor esfuerzo en disimularlo.

—Siento llegar tarde. —Dejo mi abrigo en una silla y sigo hablando—. Me topé con un atasco en la carretera, una maldita grúa

parece haberse descompuesto justo en medio de la calle y toda la avenida Madison estaba congestionada.

Ambos se miran como si supieran que estoy mintiendo, pero quizá solo se trata de otra de mis alucinaciones. No me importa y pregunto.

—Y bueno, ¿de qué me perdí?

—Tenemos los resultados del informe pericial del caso del pirómano —me cuenta Tanaka y me acerca una taza humeante de café y una carpeta que lleva en las manos—. Las muestras recogidas en las escaleras y en los restos de vidrio que encontraste corresponden a líquidos inflamables.

—Bencina y aceite de auto —leo en voz alta.

—Exacto —comenta Peter—. La bencina es el detonador más efectivo para avivar un fuego de inmediato, y el aceite de auto permite que el fuego se impregne de manera mucho más efectiva en la superficie. Esta mezcla es usada con frecuencia en la fabricación de bombas caseras. Tenías razón, el rastro del vidrio ovalado que encontraste era una bomba molotov.

—¿Rastros de ADN? —pregunto.

—Analizaron la cinta adhesiva que encontré —interrumpe Tanaka —, no hallaron material genético. Quizá el pirómano utilizó guantes, seguro habrá adquirido experiencia con los otros incendios y ahora sabe mejor cómo protegerse.

—Entiendo —respondo y me quedo pensando un momento, pero luego lo digo en voz alta—. Los testigos que interrogaste aseguraron no haber visto a nadie sospechoso salir del edificio, ¿verdad?

—Así es —responde Tanaka—, me aseguré de interrogar a todos y ninguno ha visto a alguien ajeno a las viviendas. Al parecer, todos se conocían. Recuerdo que también vieron a alguien grabando con un teléfono móvil, pero lo identificaron como un transeúnte, alguien que iba de pasada. Si no, lo hubieran reconocido como alguien que estuvo dentro del edificio primero.

Pienso y me es imposible creer que todas aquellas personas hayan podido ignorar a alguien que no vivía en el edificio. Tiene que haber salido por la entrada principal.

—¿Piensas en alguien que vivía allí? —pregunta Peter.

—Realmente no —respondo y sigo razonando—. Si el pirómano colocó bombas molotov en la mitad del edificio y encendió la mecha de seguridad en la parte baja del ducto, ¿cómo pudo haber salido tan rápido de allí? Esas mechas demoran segundos en quemarse, aun cuando sean de varios metros de largo.

—Es cierto —comenta Peter, ahora pensativo—, el ducto de aire se encontraba en la parte trasera del edificio. Tendría que haber atravesado la puerta de las escaleras de la primera planta que lleva al ducto y luego varios metros hasta la puerta principal.

—Demoraría al menos cuatro minutos en hacer ese recorrido —agrega Tanaka—, o más, si es que no quería ser descubierto saliendo de allí a las corridas. También las bengalas de humo se habrían encendido en ese momento.

—Tanaka, necesito que corrobores si el humo de color fue visto en los incendios anteriores al de Albany, y también los posteriores —pido y trato de ser objetiva—. Forma un equipo y busquen los materiales utilizados que pudo haber dejado allí, por favor, asegúrate de verificar cuáles son característicos de cada incendio. Necesitamos establecer su *modus operandi* antes de que continúe atacando.

Tanaka recoge de inmediato el informe de la mesa, además de su chaqueta, y sale de allí. Yo me quedo mirando un punto lejano mientras me llevo la mano a la mejilla, no puedo dejar de pensar en Jack y Deborah. Necesito recibir la llamada de Andrew para saber qué pudo averiguar. De repente, siento la mano de Peter en el hombro.

—Ainara. —Me doy vuelta para verlo de frente y tiene la mirada preocupada—. ¿Estás bien?

Me quedo un momento callada. Noto que me ha preguntado eso muchas veces en estos días.

—Sí, me encuentro bien. Solo estoy un poco… distraída.

—Escucha, siento mucho lo de tus amigos, los Baresi. —En su voz hay genuino interés y me alivia—. Sabes que siempre estoy aquí para apoyarte, ¿sí?

—Gracias, Peter.

—Es en serio. —Me mira a los ojos con cariño—. Si necesitas ayuda, me la pides. Todo lo que pueda hacer, lo haré.

Toco su brazo y aprieto con fuerza para que sienta lo que no puedo expresar con palabras. Si supiera el miedo que tengo de hablar de más, lo entendería.

—Muchas gracias, es bueno saber que cuento contigo.

11:15 a. m.

Llevo un rato ya delante de mi escritorio, estoy desconcentrada y la pantalla frente a mí me exige terminar de redactar el informe de la última casa incendiada en Albany. No dejo de preguntarme cosas sobre los Baresi. Siento que es mi obligación hallar a Pamela con vida para enmendar el no haber llegado a tiempo para salvarlos.

El sonido de mi teléfono móvil me provoca un sobresalto. Veo que es Andrew y respondo.

—Dime que pudiste encontrar algo.

—¡Mi amigo Andrew! ¿Cómo has estado? —bromea sarcásticamente, y tiene toda la razón—. ¿Acaso no piensas invitarme un café? Casi no he dormido trabajando para ti.

—Disculpa, ¿dónde quieres que nos encontremos?

—No lo sé, ¿en tu oficina? —Levanto la mirada y lo veo parado en la puerta, con dos tazas de café en las manos.

Me asusta la habilidad de Andrew para aparecerse de la nada.

—Ya quita esa cara de sorpresa. —Se acerca y me deja una de las tazas sobre el escritorio.

—¿Puedo saber cómo has logrado pasar hasta aquí? —Tomo la taza y veo la sonrisa de satisfacción de Andrew.

—¿Sabes qué creo, Ainara? —Se acomoda en el sillón de cuero de la oficina—. Creo que subestimas mis habilidades. Ese es un error que jamás debes cometer, amiga mía.

Sonrío y, de pronto, me pregunto qué será de su vida.

—Por supuesto. Dime, ¿has podido averiguar algo? —Le doy un sorbo al café y sabe peor que el que tomo a diario en la oficina.

—Así es, parece que a la pequeña Pamela le gusta hacer malas amistades. —Andrew deja de permanecer recostado y se sienta con una expresión un poco más seria—. La palabra que me diste, «Alkaline», es el alias que ella usaba para contactarse con otros sujetos raros en la red.

—¿Raros? ¿En qué sentido? —pregunto intrigada.

—Se reúnen en un metaverso que se llama Sadworld y parece albergar a millones de adolescentes *emo* en el mundo, quizá en el universo. —Se carcajea y sigue—. Los chicos se registran en esa página web y tienen pase directo a un mundo virtual en el que sus avatares hacen descargos emocionales, anécdotas tristes, hablan sobre lo trágico de sus vidas y hay hasta recomendaciones para lastimarse rasando el suicidio.

—Sus padres me habían comentado que Pamela adoptó la cultura *emo* —pienso y pregunto—. ¿Lograste ver sus conversaciones personales?

—No había conversaciones —comenta Andrew—, solo una. Miles de chats con un sujeto que se hacía llamar Black Malik. Traté de investigar, pero no encontré un nombre real relacionado con el seudónimo. Ni fotos, ni familia, nada.

—¡Maldición! —replico el grito en mi cabeza en voz alta.

—Tranquila, no pude obtener información personal sobre él, pero tengo algo que quizá sea mucho mejor. La dirección exacta desde donde se conectó hasta que la chica desapareció, seguro vive allí.

—¿Es en serio? —Mi cara refleja lo agradecida que estoy con él por esa información.

—En tu computadora encontrarás la dirección, adjuntada a una fotografía satelital del lugar. Busca en la carpeta «AP» del servidor. Es un almacén de productos químicos por Jackson Avenue.

—No sé qué decir. Muchas gracias.

—Tranquila, sé que hallarás al maldito que tiene a la pequeña. Ahora debo irme. —Me señala con el dedo índice—. Pero me debes un almuerzo.

—Dalo por hecho —digo y me despido de Andrew.

Cierro la puerta de la oficina y me apresuro a abrir la carpeta «AP». Observo con atención la fotografía del almacén que mencionó

Andrew y de inmediato relaciono al sospechoso con Jack y Deborah.

—El veneno —pienso en voz alta—, tiene acceso a productos químicos.

Tengo el lugar donde se esconde, tengo un motivo para encerrarlo y nada podrá detenerme ahora.

Voy a atrapar al maldito.

9

Estacionamiento del edificio del FBI, Nueva York
Miércoles 23 de enero
11:30 a. m.

Me detengo frente a mi Tundra y busco las llaves en mi mochila de cuero, pero no las encuentro. Me pincho con algo que hay en el interior y se me resbala de las manos la carpeta con papeles, entre ellos la información ya impresa que Andrew me había traído. Cuando me agacho a recogerlos, noto las llaves en mi bolsillo trasero y me apresuro a colocarla en la ranura. Noto que no puedo girarla ni tampoco quitarla.

—¡Mierda! —suelto—. ¡Maldita sea mi suerte!

—¡Pero qué modales son esos!

Giro la cabeza y Peter está detrás de mí. Se acerca y me mira de pies a cabeza.

—¿Estás bien?

—¿Quieres dejar de preguntarme eso? —se me escapa por la furia de no poder abrir la maldita puerta.

Veo la mano de Peter sobre la mía. Me presiona con suavidad para soltar la llave y comienzo a temblar. La suelto de inmediato y luego habla.

—Ven, te llevaré a tu casa.

—No voy a mi casa, necesito ir a otro lugar en Queens. ¿Puedes llevarme?

Él se ríe.

—Claro que te llevo —dice y se dirige a su auto—. ¿Vas a quedarte ahí?

—Es que no puedo quitar la llave —digo forzando la puerta para ver si cede, pero no pasa.

—Déjala —dice casi burlándose de mi maniobra inútil desde la ventana de su auto.

—¿¡Cómo voy a dejar la llave puesta aquí!? —Lo miro furiosa—. ¿Acaso estás loco?

—Claro —responde con la mirada al frente y una sonrisa—, seguro alguien va a robarse la camioneta de una agente del FBI guardada en el estacionamiento más seguro de esta zona.

Nos subimos a su auto y marchamos a Queens.

Yo solo volteo hacia la ventana y no miro a Peter, él es el único que habla.

—Estás muy callada, Ainara, no has dicho nada en todo el viaje. ¿Me dirías al menos a dónde vamos?

Me gustaría decirle a Peter todo lo que tengo adentro, pero ni siquiera podría ordenarlo en mi cabeza para decírmelo a mí misma. Le cuento con calma lo de la hija de los Baresi, y la información que Andrew investigó para mí. Una vez que llegamos a la dirección indicada, salimos caminando hacia el almacén, cerca de donde estamos.

—Creo que es aquí —observo y reconozco la estantería llena de frascos de vidrio—. Vamos a entrar.

El lugar está totalmente vacío. Hay un fuerte olor a químicos, mezclado entre el desodorante ambiental en aerosol y el friegasuelos.

—Esto parece una morgue del futuro —comenta Peter.

Las paredes están cuidadosamente pintadas de un gris luminoso y hay anaqueles de vidrio con lámparas de led debajo. Están llenos

de frascos de laboratorio con formas extrañas y pequeños frascos rotulados, al parecer contienen químicos concentrados.

—Ainara —me llama Peter, sostiene uno de los frasquitos en la mano—, mira el rótulo.

Leo y dice en letras pequeñas: «cianuro de potasio, manéjese con precaución».

—Bienvenidos. —Un hombre de unos cincuenta años se acerca al mostrador con una sonrisa—. ¿En qué puedo ayudarles?

—Somos agentes del FBI —responde Peter y saca su placa—. Peter Bennett, y mi compañera, la agente Ainara Pons. Investigamos un caso de homicidio.

El hombre observa el frasco en la mano de Peter y se incomoda.

—¿Homicidio? —pregunta con el ceño fruncido—. ¿Y por qué vienen aquí?

—Necesitamos hablar con sus empleados —respondo—. ¿Quiénes manejan el *stock* de químicos como este? —Señalo el frasco en la mano de Peter.

El hombre adopta una mirada seria y responde.

—Vengan, los llevaré al almacén donde guardamos los productos. Víctor, el supervisor, les dará toda la información que necesiten.

Atravesamos varias puertas de metal y llegamos a un cuarto repleto de estanterías con tubos metálicos. El hombre llama al supervisor y este se acerca con una carpeta anotadora en la mano.

—Víctor, ¿quién es el responsable de controlar el *stock* de cianuro de potasio?

Víctor verifica en su carpeta y señala el nombre escrito.

—Aquí está, es Kenneth Goodman. Están en su descanso para almorzar, tienen unos veinte minutos.

—¿Podría traerlo con nosotros, por favor? —pide Peter—. Solo serán unos minutos.

Víctor de inmediato cruza la puerta que da al cuarto del otro lado.

—Ese chico es muy extraño —comenta el señor del mostrador.

—¿Por qué lo dice? —pregunta Peter.

—Jamás habla de deportes ni de muchachas. Es muy callado y se viste raro, yo creo que es un marica.

Veo la puerta abrirse y Víctor nos comenta que Kenneth parece haber salido a comprar algo. No ha podido encontrarlo.

—Nos ha visto. —Miro a Peter y salgo corriendo hacia la entrada.

Apenas llegamos a la puerta, observo una motocicleta mediana de color negra salir del estacionamiento contiguo al almacén a toda prisa.

—¡Esa es su motocicleta! —grita Víctor desde el interior del almacén.

—¡Rápido, vamos! —digo a Peter y nos apresuramos a subir al auto.

El motor funciona a su máxima potencia y cruzamos la Jackson Avenue en un segundo.

—Se dirige al sur, no llames demasiado la atención. —Me sostengo de la puerta por la velocidad del auto—. Él cree que ha escapado y seguro nos llevará a su escondite.

El vehículo cruza un semáforo en rojo y una anciana grita con fuerza para quejarse. Logro ver la motocicleta del otro lado de la calle.

—Peter, por allá. —Señalo y dobla hacia la izquierda—. Baja la velocidad.

Seguimos a Kenneth un momento, y repentinamente se detiene frente a una casa en la 43th Street. Nos detenemos en la esquina.

—Está entrando a la casa —digo y abro la puerta del auto.

Nos acercamos despacio hacia el jardín. Las ventanas están cubiertas con cartón y no dejan pasar la luz hacia adentro, como si fuese un búnker de guerra. Peter me mira y me señala en silencio hacia la parte trasera, él se dirigirá allí. Asiento y me acerco despacio hacia la entrada principal. No dejo de pensar en la imagen de Pamela, muerta allí adentro, y se me revuelve el estómago.

Llego a la puerta por el lado izquierdo y observo las telarañas en las esquinas superiores. Desenfundo mi arma y disparo en la cerradura.

—¡FBI! —grito luego de golpear la puerta con fuerza y derrumbarla al instante.

Me dirijo hacia dentro con mi Smith & Wesson firme al frente, cuando siento un fuerte golpe en las manos que me obliga a

soltarlo. Kenneth, quien permanecía escondido detrás de la pared de adentro, trata de golpearme nuevamente con un bate de béisbol. Antes de que llegue el golpe, logro tomarlo con la mano y detengo un puñetazo con la otra. Él me propina una patada en las costillas y caigo al suelo, luego veo que impulsa el bate para volver a atacar y, rápidamente, llevo mi puño con fuerza a su entrepierna.

Trata de levantarse, pero sujeto su mano para aplicarle una llave e inmovilizarlo con la cabeza sobre el suelo.

—¡Quieto, desgraciado!

Trato de recuperar el aliento y escucho una voz.

—Suéltalo.

Giro la cabeza y no puedo creer lo que veo. Es Pamela, me apunta con mi propio revólver. Trato de hablarle.

—Escucha, Pam…

—¡Cierra la boca! —grita y quita el seguro—. Suelta a Kenneth ahora mismo o te vuelo los sesos.

Miro a la delgada niña con el arma en las manos y me repugna. Viste la misma ropa que tenía cuando la vi por última vez.

—Pamela, tienes que soltar el arma —digo e intento calmar mi voz—. Este desgraciado asesinó a tus padres, deja de defenderlo.

Ella ríe y me confunde aún más.

—Él no los mató.

En su mirada puedo notar la depravación. Su macabra sonrisa es más terrorífica que todo el maquillaje oscuro que lleva encima.

—Tú lo hiciste —digo sorprendida—. ¿Por qué?

Repentinamente, veo a Peter saltar de la nada sobre Pamela y la inmoviliza. Mi arma sale volando por los aires y yo la veo en cámara lenta frente a mí. Algo en todo esto está demasiado mal, no puedo creer que ella haya sido capaz de hacerles eso. Los Baresi parecían ser los mejores padres del mundo, es increíble que hayan muerto envenenados por su hija de catorce años; la pequeña que amaban tanto.

Estación policial de Queens, Nueva York
4:00 p. m.

No puedo dejar de mirarla. Sentada allí, con esposas en las delgadas muñecas y los pies casi colgando de la silla. Me acerco y me mira con rabia.

—¿Estás contenta? —me pregunta enojada.

Tomo una silla y me siento junto a ella.

—No, Pam, no estoy contenta. —Mi voz suena cansada—. Desde hace más de un año que no me siento contenta. —Me mira ahora con tristeza—. ¿Por qué lo has hecho?

—Porque ellos detestaban a Kenneth. Siempre lo miraban con desprecio, desde que lo vieron por primera vez. Jamás se preocuparon por conocerlo, nunca le dirigieron la palabra, solo lo juzgaron por cómo se vestía y luego comencé a vestirme y actuar como él, para que vieran que no era diferente a mí. —Lleva la mirada al suelo—. No lo soportaron y me alejaron de él.

La entiendo, pero también entiendo a sus padres.

—Pamela, ellos te amaban —explico—. Lo único que hacían era protegerte.

—¡Ellos no conocían a Kenneth! —explota—. Por eso los maté, porque no podía seguir permitiendo que me obligaran a vivir a su manera. —Comienza a llorar y sigue hablando—. Le dije a Kenneth cuánto quería que se murieran y él me dio el cianuro. Lo coloqué en las copas antes de que brindaran por sus quince años de «feliz» matrimonio.

Me mira y sus ojos envueltos en lágrimas y dolor me parten el corazón.

—La única que no era feliz era yo.

10

De regreso a las oficinas del FBI, Nueva York
Miércoles 23 de enero
4:45 p. m.

—Aún no puedo creer cómo pasó todo esto —digo al volante—. Creo que jamás tendré hijos.

—No digas eso. —Peter a mi lado trata de calmarme—. Lo que hizo esa niña no tiene nada que ver con sus padres.

—¿Te han dicho qué pasará con ellos? —pregunto, siempre mirando al frente.

Peter no deja de hojear carpetas llenas de datos forenses de casos en curso.

—Hablé con el fiscal, me comentó que lo más seguro es que Kenneth sea juzgado como promotor intelectual del asesinato de los Baresi. También lo acusarán por abuso de menores, tiene veintidós, y ella, catorce. Supongo que estará encerrado un buen tiempo.

Pienso en él también como víctima. Quién sabe si realmente se amaban, si la única opción que tuvieron fue matarse o matarlos para dejar de sufrir. Ya no sé qué pensar.

—¿Qué pasará con Pamela?

Peter respira profundamente antes de responder.

—Pamela tendrá cargos como autora del crimen de sus padres y cargos menores por su comportamiento durante el arresto. Es un pase directo a la correccional y quién sabe dónde termine. —Suena

su celular y atiende—. Es Phillip, parece que tienen algo bueno en la oficina.

Oficina del FBI, Nueva York
5:15 p. m.

—Hola, jefe. —Cierro la puerta de la oficina—. Entiendo que hay nueva información sobre el caso de Albany.

Phillip Nash se coloca frente a la pizarra blanca que contiene datos escritos con marcador y fotografías.

—Así es, tenemos dos nuevos sospechosos. —Señala una de las fotografías—. Herman Abbott, chico blanco y delgado, de unos veintiséis años de edad. Tiene antecedentes por varios incendios forestales provocados en las cercanías de Albany. —Señala la segunda—. El siguiente es Ernesto González. Blanco, de treinta y tres años de edad. Es obrero en una fábrica en las afueras de la ciudad y los vecinos aseguran haberlo visto merodeando cerca de los incendios.

—Bien, buscaremos datos sobre su localización y vayamos por ellos —comenta Peter.

—No es necesario —responde Phillip—. Ellos están detenidos en la central de Albany. Vayan, interróguenlos y averigüen si son responsables.

Peter y yo nos miramos y salimos otra vez en dirección al auto. Al pasar por el estacionamiento, Billie me saluda y con la mano me pide que me dirija hacia él. Lo hago y me entrega la llave de mi Tundra.

Lo miro sorprendida.

—Un buen amigo mío es cerrajero —me comenta el conserje con una sonrisa—. No se preocupe, solo se encargó de reparar la cerradura y se fue sin tocar nada.

—¡Cielos, muchas gracias! —No puedo creer que haya tenido ese gesto—. ¿Cuánto te debo, Billie?

—Tranquila, no es nada.

Sonrío en señal de agradecimiento y pienso en traerle un presente por las molestias, pero luego recuerdo que no ha salido bien la última vez que hice eso. Le indico a Peter que iremos en mi camioneta y pongo en marcha el motor.

Estación Central de Policía. Albany, Nueva York
7:00 p. m.

Bajamos de mi Tundra y me aseguro de no dejar mi llave adentro. Peter me indica la entrada a la central y le hago señas con la palma de mi mano.

—Espera. —Atiendo una llamada en mi celular—. Tanaka, ¿qué nos tienes?

—Tenemos algunas pistas —asegura él—. Encontramos restos de parafina y fósforos en los incendios de Rochester, parece que solo esparció el líquido en los almacenes y utilizó los fósforos como detonante. No encontramos restos de bengalas de colores aquí.

—¿Y en Búfalo?

—El deshuesadero de autos y el edificio abandonado tenían restos similares, tampoco hay bengalas; su técnica parece cambiar en el incendio de Albany. El equipo de investigación descubrió que existían dos tipos de mechas de seguridad: una de combustión rápida que se quema en segundos, y la otra de combustión lenta.

—Es la que encendió antes de salir del edificio —pienso en voz alta—. Bien, ¿qué más?

—Allí no encontramos fósforos, sino un encendedor, y bencina en lugar de parafina, mezclada con el aceite de auto como en el último con las bombas molotov. El encendedor está siendo analizado en busca de ADN o huellas dactilares. También el color del humo es diferente.

—¿En cada incendio? —pregunto.

—Así es. En la primera casa era de color azul, en la segunda, de color rojo, y en el edificio, de color rosa.

—Excelente trabajo, Freddie. Estamos en contacto, adiós.

Corto la llamada y veo a Peter parado con cara de curiosidad, y camino hacia la entrada de la central mientras hablo con él sobre la llamada.

—Parece que mi teoría era correcta. Comenzó a mejorar su técnica en Albany, cuando las víctimas ya empiezan a formar parte de su objetivo.

—¿Por qué lo dices? —pregunta Peter, impaciente.

—El humo de colores, las bombas caseras, el encendedor… todo apunta a que comenzó a usarlos cuando descubrió su faceta de asesino, además de la de pirómano. —Coloco mi mano y detengo a Peter—. Tenemos que atraparlo, este sujeto es muy peligroso. Peter, es un homicida sin control.

—No hay nada más peligroso que un loco con un encendedor —reafirma él.

—Exacto. —Retomamos el paso para atravesar la puerta de la entrada—. Veremos si alguno de estos dos lo hizo.

Uno de los oficiales nos lleva con el primer detenido. Entramos a la sala de interrogación y ahí está, un chico flacucho sentado de manera distendida, abriendo las piernas y mirando a un costado.

—Herman Abbott —digo y entro leyendo en voz alta la carpeta que me entregó mi jefe—. Siete arrestos en los últimos tres años, cinco por jugar con fuego en parques y reservas ecológicas, dos por disturbios en la vía pública. —Cierro la carpeta y miro a Peter—. Parece que a Herman le gusta llamar la atención.

—¿Qué edad tiene? ¿Nueve o diez? —pregunta Peter.

—Aquí dice que tiene veintiséis. —Veo que el chico sonríe y me acerco a su cara—. ¿De qué demonios te ríes?

Herman borra la sonrisa y permanece callado, mirándome fijamente.

—Ya dinos, Herman —dice Peter mientras camina hacia un costado—, ¿realmente no sabías que el edificio de Búfalo estaba habitado esa noche, antes de quemarlo?

El chico deja de mirarme para responder a Peter.

—Yo no incendié ningún edificio en Búfalo. Ni siquiera estuve ahí.

—¿En serio? —Vuelve a mirarme a los ojos—. ¿Dónde estuviste la noche del 20 de enero? Cuando mataste a dos ancianos y un adolescente en silla de ruedas.

—¡Eso es basura! —Golpea la mesa y se pone de pie frente a mí.

Veo la mano de Peter posarse sobre su hombro para obligarlo a caer en la silla nuevamente.

—Déjalo, Peter —digo y miro a Herman—, no creo que pueda ni golpearse solo. Nada más mira a este chico, es un flacucho sin trabajo, no tiene amigos ni novia, y su único pasatiempo es quemar y matar personas.

—¡No tiene idea de quién soy!

—¡Entonces dime, Herman! —Arrojo la carpeta sobre la mesa y me ubico frente a él—. Cuéntanos dónde estuviste la noche que se incendió el edificio en Albany.

—Pasé la noche del domingo en la sala de emergencias con mi tía enferma, si no me creen, hablen con el doctor que nos atendió en el hospital Madre Teresa.

Miro a Peter y ambos nos frustramos ante su posible coartada. Hacemos unas preguntas más y salimos de la habitación para hablar.

—¿Quieres un café? —Desearía un trago en estos momentos, pero asiento a la proposición de Peter.

Veo a mi compañero de regreso unos minutos más tarde con dos vasos descartables en las manos. Me entrega uno y me comenta que hizo unas llamadas.

—Parece que Herman decía la verdad —me explica—. Hablé con el doctor Marvin del hospital Madre Teresa y confirma que su tía ingresó a emergencias el domingo por la tarde, él llegó con ella en la

ambulancia y salió el lunes por la mañana cuando le dieron de alta. Las cámaras de seguridad lo confirman.

Ambos permanecemos en silencio por un minuto.

—Un momento —titubeo—, ¿las cámaras lo ubican en el lugar durante la noche o solo cuando entra y sale?

—Las cámaras están fuera de las habitaciones, solo grabaron la entrada y salida de Herman. La habitación estaba en la primera planta, pudo haber salido por la ventana y quemar el edificio antes de regresar por la mañana.

—Entonces que permanezca bajo arresto hasta que logremos corroborar si su coartada es correcta. —Me asquea el sorbo de café y comienzo a pensar en la pequeña Christine Salk, me pregunto si ya se encontrará mejor.

—¿Ainara?

Miro a Peter y me doy cuenta de que me estaba hablando.

—Perdón, estoy un poco distraída.

—Pregunto si quieres irte a casa, yo me encargo del otro.

—No te preocupes, estoy bien. —Dejo el vaso en un aparador—. Necesito terminar con esto cuanto antes, intentemos con el siguiente.

Peter se encarga de regresar a Herman a su celda y yo le pido al guardia que traiga a Ernesto González con nosotros. Mientras espero, masajeo mi cuello, tengo contracturas desde hace días, me vendrían bien unos buenos masajes. Involuntariamente, recuerdo a Danny viniendo a dármelos cada vez que me veía cansada y me esfuerzo demasiado para no pensar en ello ahora. Abro los ojos y veo frente a mí a Peter, que me observa.

—¿Estás bie…? Lo siento —se disculpa al notar que estaba a punto de cometer un error; me parece tierno—. Ernesto González está en la sala, ¿entramos?

—No te disculpes. —Le sonrío—. Gracias por preocuparte por mí.

Entramos a la sala y vemos al sospechoso. Mide poco más de un metro setenta y está muy delgado, permanece en la silla sentado como un niño asustado.

—Buenas tardes, señor González —dice Peter—. Imagino que sabe por qué está sentado aquí.

—Hola, señor. —Su voz es temerosa y suave, parece que haya pasado hambre—. Disculpe, no fue mi intención faltar a la ley. De verdad, no tenía otra alternativa.

Peter y yo intercambiamos miradas.

—Entonces, admite que usted lo hizo —digo y veo que baja la mirada.

—Sí. Lo lamento, es que en el lugar de donde vengo no había trabajo, así que he tenido que venir aquí a buscarlo. —Comienza a llorar—. Hago lo que puedo para mantener a mi familia, los extraño a diario, trabajo duro y jamás he robado. Por favor, no me deporten a Cuba, se los ruego.

—Señor González, no somos de Migración —explica Peter—. Investigamos una serie de incendios en Albany y hay testigos que lo ubican en la zona antes y después de que los provocaran.

El hombre seca sus lágrimas con la chaqueta sucia que lleva puesta y su rostro señala sorpresa.

—Yo no tengo nada que ver con esos incendios.

—Entonces explíquenos —indago—, ¿qué hacía en los lugares donde sucedieron los incendios? Sabemos que trabaja en una fábrica de cemento a las afueras de Albany.

—Es por mi otro empleo —comenta con expresión de angustia—, por las noches entrego comida a diferentes restaurantes de Albany; en la fábrica de cemento me pagan muy poco dinero por ser indocumentado, mi jefe me amenaza con llamar a Migración si me quejo. En el empleo de repartidor me dan comida y todo el dinero se lo envío a mi familia en Cuba. Deben creerme, pregunten a mi jefe, el señor Dawson, de la empresa Cuisine.

Peter entra a la sala de interrogación y me ve frente a la mesa jugando con bolitas de papel arrugadas. Cierra la puerta y se sienta frente a mí.

—La empresa de envío de comidas corrobora la historia de Ernesto González —comenta—. Al parecer, lo único que hace el

pobre hombre es trabajar para mantener a su familia en Cuba.

Respiro profundamente con las manos en la cabeza.

—Esto ha sido una total pérdida de tiempo —digo y me levanto para recoger mi chaqueta de la silla—. Vamos, Peter, creo que es todo por hoy.

Salimos de la estación para regresar a Queens y noto que es de noche. Se me cruza por la cabeza invitar a cenar a Peter, pero luego descarto la idea y entramos a la camioneta.

—¿Te gustaría comer algo? —me pregunta y me quedo muda.

Estoy a punto de asentir, pero mi celular suena y contesto.

—Buenas noches, Ainara, soy el jefe del Departamento de Bomberos de Nueva York. ¿Tiene un minuto?

—Hola, Chad, por supuesto —respondo—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Más bien, yo voy a ayudarle —dice y me intriga su respuesta—. He estado investigando al personal de Nueva York y encontré algo que podría interesarle.

Peter se queda mirando mi cara de sorpresa.

—Soy toda oídos.

—Uno de los bomberos de Rochester brindó servicios en los lugares donde sucedieron los incendios, luego solicitó el traslado a Albany y también estuvo presente en los incendios que se efectuaron allí. Le enviaré una fotografía y sus datos de contacto, su nombre es Linden Fisher.

—Gracias por el dato Chad. Pondré a alguien de mi equipo para que se dedique a investigarlo.

11

Vivienda Pons. Queens, Nueva York
Miércoles 23 de enero
9:30 p. m.

—Bien, llegamos —dice Peter y detiene el auto frente a mi hogar.

Ambos permanecemos en silencio. Me invaden unas ganas tremendas de invitarlo a pasar para cenar algo, me siento en deuda por el apoyo que me brinda desde hace tiempo. Veo que golpetea el volante con los dedos y mira hacia el frente con ternura, yo solo volteo a ver por la ventana. Parecemos dos adolescentes en una primera cita.

—¿Quieres… hablar? —Cada palabra que pronuncia acelera mi corazón a mil latidos por segundo, pero no puedo permitirlo. No con mi compañero.

—Perdón, Peter —digo y lo miro—, no puedo. —Veo su cara de resignación, pero también de comprensión, y nos abrazamos.

—Te veo en la oficina —me dice con una sonrisa mientras salgo de su auto—. Ese café horrendo te estará esperando cuando llegues.

Despido a Peter con una mirada cariñosa y se va. Miro al cielo, admiro la oscuridad de la noche y por un instante siento la soledad encima de mí, como si me apretara. Luego miro alrededor y recuerdo las alucinaciones que tengo con el sujeto que aparentemente me está vigilando, pero no hay nadie allí.

Cierro la puerta y ahí está él, esperándome con una sonrisa casi dibujada en el rostro. Se acerca y me besa con tal fuerza que me tira al suelo.

—¡Oye! Con cuidado, galán. —Acaricio su cabeza suave y se apoya en mis piernas—. Mi bestia negra, cómo te adoro. ¿Te gustaría comer algo?

De repente se me ocurre darme un gusto, uno que no me doy desde hace años. Me levanto del suelo, pongo un disco de *jazz* y hago una llamada. De inmediato, me sirvo un *whisky* con hielo y me desplomo en el sillón junto con Bob para mimarlo, y mimarme.

Pongo todo mi empeño en olvidar que trabajo para el FBI, en todo lo que ha pasado desde que he vuelto y simplemente me relajo. Minutos después suena el timbre. Es la comida que pedí.

Le doy cambio de más al repartidor y cierro la puerta con la bolsa de papel en mis manos. El olor que sale de ella hace que me dé vueltas la cabeza. Abro la bandeja y descubro arroz, camarones en ajo y albahaca, tabulé y un enorme volcán de chocolate. Me apresuro a servirle a Bob su comida y me siento nuevamente en el sillón a devorar con entusiasmo la delicia que tengo enfrente. Tengo tanta hambre que lo hago con las manos, y me permito sentir el placer que hace mucho no tengo.

A la mañana siguiente. Jueves 24 de enero
6:15 a. m.

Abro los ojos y siento una terrible acidez estomacal. En la mesita frente a mí hay moscas y Bob duerme entre mis piernas, es tan pesado que no las siento. Hago un pequeño esfuerzo para tratar de levantarme y el vaso vacío de vidrio cae al suelo y despierta a mi bestia negra.

—Vamos, Bob, levántate. —Me es imposible moverlo—. Tengo que ir a trabajar.

Al fin logro levantarme del sillón, me doy una rápida ducha y salgo de casa.

Edificio del FBI, Nueva York
9:40 a. m.

Peter pasa por la sala de descanso y me ve frente a la mesa con una soda y una tableta. Noto que se acerca y se me queda mirando un rato.

—¿Estás jugando un videojuego? —pregunta con total sorpresa.

—Se llama *Adopt Me!* —respondo sonriendo—. Lo descargué hace unos días y juego en mis ratos libres.

Peter se sienta frente a mí y me mira preocupado, pero sonriendo. Dejo la tableta y suelto una carcajada.

—Es por el caso —le comento—. En unos momentos iré al hospital a ver a Christine.

—Sí, claro, a Christine. —Se ríe.

—Así es, voy a ganarme su confianza con lo que he aprendido del juego y después de hacernos amigas ella me dará la pista que necesito. Resulta que el consejo de Tanaka no era tan malo —afirmo, retomo la tableta y vuelvo a jugar—. Con tu permiso, tengo una tienda de mascotas que mantener.

Él asiente en tono burlón, llevándose la taza de café a la boca.

Hospital Madre Teresa. Albany, Nueva York
10:15 a. m.

Me paro frente a la puerta de la habitación 108, detrás está la pequeña. El médico que se encarga de ella me informó en la recepción que sus heridas sanan bastante rápido. Me quedo un

momento reflexionando acerca de la pérdida de sus padres, me pregunto si ya se lo habrán comentado. Pienso en el abandono de mi padre, pero la situación de Christine es totalmente diferente, alguien le había arrebatado a sus padres, su vida entera. Necesito encargarme de averiguar quién lo hizo y por qué, luego el responsable se pudriría en la cárcel para pagar por todo el daño que le causó a las personas como Christine; que hoy permanece a la deriva.

Me dispongo a abrir despacio la puerta y la veo. Está mucho mejor que hace unos días y, como esperaba, tiene un celular pegado a las manos. Su enfermera me advirtió que ella le presta su teléfono para que la niña juegue mientras dure su turno. Doy unos golpecitos a la puerta para alertarla de mi presencia, pero ni siquiera se percata de ello.

—Hola, Christine —digo y sigue hipnotizada con el juego.

—Hola —responde sin voltear.

Me acerco y tomo la silla que encuentro en un rincón para llevarla junto a su cama. Antes de sentarme, observo bien su rostro, es muy dulce, tiene las diminutas cejas fruncidas y también los pequeños labios apretados. Jamás había visto una niña con tal concentración. Ahora entiendo por qué no puede despegarse del juego: apenas comencé a jugar, también me volví adicta. Descubrí que, apenas comenzaba a vivir la historia de los cachorros y cumplía los objetivos que me imponían, me olvidaba por completo de todo a mi alrededor, de los problemas, las responsabilidades. Ya nada me afectaba. Supongo que la niña estaría usando la misma técnica para evitar la terrible realidad por la que atraviesa en estos momentos.

—¡Wow! —digo mirando su pantalla—. Veo que has conseguido la boina plateada para tu avatar Chow.

—Es por mi puntaje —comenta sin dejar de presionar huesitos en el teléfono móvil.

—Pues yo tengo la dorada —digo al mismo tiempo que saco mi tableta y abro el juego.

Ella hace un gesto de desaprobación.

—¡Bah! No es cierto, la boina dorada es muy difícil de conseguir.

—Es de lo más fácil, solo tienes que descifrar el código de acceso a la puerta verde del almacén de comida.

La niña voltea discretamente hacia mi pantalla. Ahora ella es quien me mira jugar, pero me hago la distraída y no le presto atención por un rato. Veo que vuelve a su teléfono, pero no puede evitar mirar mi pantalla cada dos segundos. Finalmente, deja a un lado su aparato y se acerca a mí.

—Vaya, ¿me enseñas a hacerlo?

—Claro que sí. —Observo su carita llena de curiosidad—. Solo si tú me ayudas luego con algo a mí, ¿es un trato?

La niña asiente y me sonríe. Le explico los pasos a seguir para conseguir el código de acceso a la puerta verde en el juego, y noto la concentración en su rostro. Me imagino a Amy hablando de la misma manera con su sobrina y de mi cabeza desaparece el rechazo a tener hijos. Cuando llegue el momento, supongo que me permitiré disfrutarlo, al fin y al cabo, estoy pasándola de maravilla con Christine.

—A ver, ahora solo tienes que presionar la perilla y se abrirá el cofre —explico y ella lo hace en su teléfono móvil.

—¿Así? —Aprieta un botón y el cofre se abre desplegando una boina dorada para su avatar mascota.

—¡Lo hiciste! —Ambas aplaudimos felices—. Abre la mano y… ¡Choca esos cinco!

La felicidad en la cara de la pequeña me da una tremenda satisfacción, entonces aprovecho el momento y saco de mi mochila las fotografías que traigo para ella.

—Ahora vamos con tu parte del trato. Si me ayudas, además del secreto de la boina dorada, te regalaré esta tableta para que juegues más cómoda allí.

—¿¡De veras!? —Abre los ojos y la boca en señal de sorpresa con la tableta en las manos.

—Así es, será toda tuya. Solo necesito que me digas —le pido y coloco las fotografías de los tres sospechosos del caso sobre la manta en sus piernas— si alguno de estos hombres es el que viste en tu casa el día del incendio.

Ella observa con atención una por una. Primero la de Ernesto González, luego la de Herman Abbott y por último la de Linden Fisher. Pasea la mirada en las tres fotografías hasta que posa sus ojos en la del medio: Herman Abbott.

—¡Ese! —responde.

—¿Estás segura, Christine? ¿Él es el hombre que viste en tu casa ese día?

Ella asiente y luego voltea a jugar feliz con su nueva tableta. Pero luego ladea la carita hacia un lado.

—Creo que lo recuerdo un poco más grueso —Ella extiende sus manos pequeñas de lado a lado como si dibujara el perfil de una espalda ancha.

—No importa cariño —le respondo a la niña, intrigada.

Recojo las fotografías y me quedo un momento más con ella. Mientras, pienso en que fue una buena decisión mantener a Herman en prisión, ahora tenemos una testigo y las denuncias previas de incendios forestales provocados por él.

Aunque la niña no está totalmente segura, ya es un avance.

12

Centro de Brooklyn, Nueva York
Jueves 24 de enero
12:20 p. m.

LLEVO DANDO vueltas por varias calles tratando de encontrar un maldito estacionamiento y no veo más que carteles de «sin lugar». Me detengo frente al Bar Big Time y puedo ver a través del cristal de una ventana a Peter y Freddie, sentados esperándome. Me siento una idiota dando vueltas en esta enorme camioneta y no tener un lugar donde dejarla para cruzar la calle y almorzar con ellos, no me queda más remedio que seguir buscando. Giro a la derecha y atravieso cinco calles en dirección a Highland Park para luego detenerme en una maniobra al borde de lo ilegal tras visualizar un lugar libre en la ajustada Halsey Street. Entro en la calle y noto que un auto detrás de mí se acerca hacia el lugar libre, y me apresuro a colocarme en el espacio vacío. Freno de inmediato cuando siento un golpe seco. He chocado con el auto que está estacionado delante; el corazón se me detiene. No hay sonido alguno y veo que sale humo del vehículo.

—Dios mío, que no haya nadie adentro —suplico y me quito el cinturón de seguridad.

Me quedo un momento tratando de controlar la respiración y en el retrovisor veo cómo el auto que trataba de robarme el lugar se aleja deprisa. Mi celular comienza a sonar y por poco me desmayo

del susto. En la pantalla veo que es Peter, no atiendo y con toda la calma del mundo abro la puerta de mi camioneta. Apenas apoyo el pie sobre el concreto comienzo a temblar.

—¿Hola? —Doy un paso y veo la chapa del maletero de color azul oscuro, hundida por mi Tundra, como si fuese un papel.

Camino unos pasos más y de a poco observo un brazo, inmóvil, que sobresale de la ventanilla del lujoso auto. Me llevo las manos a la boca y miro alrededor. No hay absolutamente nadie. Me da vueltas la cabeza, tengo terror de acercarme más.

—Tranquila, Ainara —me digo y trato de acercarme lentamente al auto—. Ha sido un accidente.

A cada paso, inevitablemente volteo a ver si alguien aparece. Desde el cristal de la ventana trasera puedo ver una cabeza apoyada sobre el asiento delantero, no hay movimiento aparente y sigo avanzando hasta colocarme frente a él. Es un hombre de traje, de unos cuarenta años. Tiene los ojos cerrados y no se mueve. Esto es grave, es demasiado grave.

Llevo mi mano temblorosa hacia su garganta para ver si tiene pulso, pero de inmediato suena mi teléfono móvil desde la Tundra y me detengo. Cierro los ojos, respiro y coloco mis dedos sobre su piel. Descubro que tiene pulso y de repente abre los ojos, y con un movimiento rápido saca un arma para luego apuntarme. El celular deja de sonar.

—Tranquil… —Levanto las manos e intento hablar, pero me interrumpe.

—¡Cierra la boca! —grita y mantiene firme el revólver a centímetros de mi cara—. ¿Qué demonios crees que haces?

El sujeto se ve furioso, creo que en su lugar yo estaría igual, o peor. Intento nuevamente hablar.

—No fue mi intención. Solo trataba de…

—¡Silencio! —Baja la mirada, observa el arma en mi cintura y vuelve a mirarme con extrañeza sin dejar de apuntarme—. ¿Quién eres?

—Mi nombre es Ainara Pons, soy agente del FBI.

Él comienza a relajar los músculos faciales y lentamente baja su arma. Bajo también mis manos, y recupero lentamente el ritmo

cardíaco.

—Disculpe..., agente Pons. —Respira y se acomoda el saco—. Es que me asustó. ¿Por qué metió su mano en mi auto?

—Le pido mil disculpas…

—Michael —responde con la mano extendida—. Agente de seguridad Michael Boch.

Respondo a su apretón de manos.

—Disculpe, Michael, yo solo verificaba que se encontrase bien luego de… —Volteo con discreción hacia la parte trasera de su auto.

Él hace lo mismo y se lleva las manos a la cabeza.

—¡Mierda! —exclama—. No puede ser, el senador vuelve en una hora.

—Michael, lo lamento mucho —digo y pienso en la locura que voy a decir—. Tome.

Él mira mi mano con las llaves de mi camioneta.

—Se la prestaré hasta que el seguro se encargue de solucionar el inconveniente. —Michael me observa y se ríe.

—Vaya, Ainara, realmente me ha dado una lección. —Toma mi llave, sale del auto y me mira—. Primero pensé que era un atentado contra el senador y me quedé inmóvil hasta escuchar otro movimiento.

—Solo déjame sacar mi mochila y me iré corriendo. Tranquilo, solo fuimos mi Tundra y yo.

Lo hago, le doy mi tarjeta personal y me despido de él.

Camino y pienso en la estupidez que acabo de hacer. Prestarle mi Tundra a un total desconocido, así como si nada. Ahora estoy a la deriva, caminando hacia el bar. Espero que Peter y Freddie aún sigan allí, no me imagino lo que pensarán de mí.

Me detengo en un semáforo y mi celular vuelve a sonar.

—Ainara, por fin contestas. —Peter suena preocupado e imagino lo que me preguntará—. ¿Estás bien? ¿Necesitas ayuda?

—Estoy justo enfrente del bar —respondo—, por favor, esperen un momento más.

—Ya no estamos en el bar, Ainara. Regresa a las oficinas, te esperamos allí.

—Okey —respondo y corto. Demonios, hoy tengo el día torcido.

Cuando entro a la oficina, veo a Freddie y Peter en una mesa de reuniones.

—Lo lamento. —Arrastro una silla y coloco ahí mi mochila, un juguete de Bob y un abrigo que traigo, además del que llevo puesto.

Ambos me miran y luego se ven entre sí.

—Brooklyn hoy me ha complicado bastante la existencia. —Me siento y coloco las manos sobre la mesa, con mi mejor sonrisa—. Bueno, ¿qué les parece si luego les invito el almuerzo?

—Eso sería genial —responde Tanaka—. Estoy pagando la sortija de compromiso de mi novia y me costó un ojo de la cara. Voy a tener que proponérselo con la etiqueta puesta, para poder regresarla a la joyería si me dice que no.

Peter y yo estallamos de la risa. Creo que no me reía así desde hace años.

Después del jolgorio, todos guardamos silencio y Peter aprovecha para comenzar a hablar sobre el caso.

—¿Qué piensas sobre Herman Abbott? El fiscal dice que no podremos retenerlo más tiempo sin evidencia que lo sitúe en los incendios, creo que lo liberarán hoy.

—No lo harán —afirmo—. Christine, la niña que sobrevivió a uno de los incendios de Albany, logró identificarlo.

—Entonces está frito —opina Tanaka. Apuesto a que cuando lleguen los resultados del análisis del encendedor se confirmará que se trata de sus huellas.

—Tal vez. Aunque la niña tuvo una duda en la identificación, pero creo que es un avance, cuando el fiscal la interrogue puede afirmarse —digo.

Todos nos miramos en silencio por unos minutos. Yo me quedo pensando. Trato de procesar la información que tengo en mi cabeza, y aún me quedan dudas que compartir con mis colegas acerca de los datos de Herman.

—Pero… —digo dubitativa.

—¿Pero qué? ¿Aún no estás segura? —pregunta Peter.

—Hay cosas que no me cierran. Herman ha sido arrestado múltiples veces en el pasado, eso es causa probable de su culpabilidad. Sí, los arrestos probarían que él causó los incendios de Albany, pero no lo ubican en los de Rochester y Búfalo.

—Claro. —Ahora es Peter el dubitativo—. No tiene historial de arrestos fuera de Albany, es cierto, pero quizá no quiso que lo atrapen allí.

—Y recuerda que esos incendios eran para él una cuestión hedonista —apunta Tanaka—. Solo hubo daños materiales y en lugares casi abandonados. Es más sencillo evadir a la justicia cuando no hay víctimas.

Tanaka tiene razón, y una parte de mí también lo piensa. Pero no puedo terminar de tragar esa historia cuando tengo la identificación de Christine y su historial de incendios provocados. Necesito averiguar el motivo por el cual este tipo pasa de ciudad en ciudad quemando edificios. De repente se me ocurre una posibilidad.

—Escuchen, hay algo que no me cuadra con Herman. Si no hay evidencia de que realmente permaneció en la habitación del hospital con su tía, creo que lo más conveniente sería que permanezca detenido hasta que lleguen los resultados de lo que hay en el encendedor encontrado. Mientras, podríamos investigar por otro lado, tomar una nueva perspectiva del pirómano.

—¿A qué te refieres? —Peter se impacienta.

—Digo que hasta ahora hemos fijado la búsqueda en el perfil armado por los profesionales del tema, nos llevó a algo, pero ese algo no es del todo seguro. Creo que ese tipo de perfil encajaría en un pirómano establecido en un lugar fijo.

—Alguien joven, sin trabajo y soltero —comenta Tanaka—. No tendría recursos ni razones para viajar de ese modo.

—¡Exacto! —Mi euforia comienza a notarse gracias al aporte de Tanaka—. Pienso que podríamos ir en busca de alguien que viva en constante movimiento, ya sea por su trabajo o actividad social. Gente de negocios, perteneciente a alguna organización, distribuidores de medicamentos a larga distancia… cosas así.

—Entonces, tenemos una tarde ocupada. —afirma Peter y se dispone a levantarse.

—Esperen. —Ambos me miran—. Necesito que se encarguen de esto ustedes dos. Tengo un asunto importante que atender.

—Por supuesto —asiente Peter.

—Investiguen los eventos que tuvieron lugar en las fechas en las que los incendios fueron provocados —pido y ellos recogen sus abrigos—. Traten de indagar eventos importantes sucedidos en la misma fecha y lugar de los incendios, y si hay algún sospechoso que haya estado presente en todos, seguro nuestro pirómano trabaja sin un equipo. Es posible que tenga un cómplice, pero no más que eso.

—Tranquila. —Peter me toca el hombro—. Nos encargaremos.

—Adiós, Ainara —se despide Tanaka.

—Hasta luego.

He dejado a mis compañeros en las oficinas del FBI, yo me he venido al bar. Jugueteo con los palillos de la barra y pienso en los Baresi. Hace tan solo dos días charlaba con ellos y les agradecía por salvar a Bob, les tenía envidia sana por la felicidad que compartían como pareja. Hoy me preparo para asistir a su funeral. Muertos, envenenados por su propia hija de catorce años de edad.

Aparece la barman. Espero a que me mire y hablo.

—Disculpe, señorita. —Ella me mira y sonríe.

Se acerca y me pregunta con toda la amabilidad del mundo qué es lo que deseo.

—¿Podría traerme una botella de *whisky*?

13

Bar Big Time. Brooklyn, Nueva York
Jueves 24 de enero
2:46 p. m.

El vaso frente a mí se encuentra otra vez vacío. Los cubos de hielo se derritieron hace ya dos vasos, y no queda huella alguna de ellos. Cada minuto que pasa es como un tormento de angustia, no entiendo por qué me siento así. Tomo la botella y le quito la tapa. Dirijo la mirada hacia un anciano en la mesa contigua, noto que lleva mirándome un rato y me molesto.

—¿Qué? —le increpo, el hombre voltea a ver el periódico que tiene entre sus manos y aprieta los labios.

Vuelvo a colocar la tapa de la botella. No puedo llegar ebria al funeral, no sé en qué demonios estoy pensando. Tal vez sería mejor que no fuera, es lo más sencillo. Me levanto y voy directo al baño del bar, me meto en un cubículo y coloco el seguro a la puerta. Me siento sobre la tapa del retrete y permanezco en silencio por unos momentos, no puedo pensar en nada.

De repente, me invaden recuerdos de la muerte de Danny. Veo con claridad su mano estrechar la mía en el hospital y mi respiración se agita de golpe. Siento una fuerte opresión en el pecho y ya no puedo tomar aire. El cubículo en el que me encuentro parece estrecharse cada vez más y más. Me desespero, grito y finalmente rompo en un desconsolador llanto.

Recuerdo a mi padre, me gustaría mandarlo al diablo, pero también tengo la enorme necesidad de abrazarlo con todas mis fuerzas. Rachel, mi madre, Danny… El abandono parece ser mi único amigo en este momento. Lloro unos minutos sentada en el suelo del baño y luego respiro profundamente. Me siento desahogada ahora.

Me pongo de pie, abro la puerta y me acerco al lavabo para mojarme la cara. El agua es fresca y me alivia muchísimo. Miro mi reflejo en el espejo y luzco terrible, luego recuerdo que tengo algo de maquillaje en mi mochila y…

—¡Mis cosas! —grito y salgo corriendo.

Llego a la mesa y no están ni mi mochila ni las cosas de Bob donde las había dejado. Comienzo a desesperarme otra vez, luego siento una mano en mi hombro y, por un reflejo propio de mi entrenamiento, giro con el brazo firme en señal de defensa. Mi mano se detiene justo enfrente de la cara de la amable mesera. Ella permanece paralizada por un momento, ninguna de las dos pestañea. Comienzo a respirar.

—Quería darle... —tartamudea y veo en sus manos mi mochila—. Quería darle sus cosas.

Lentamente bajo el brazo y mis músculos se relajan. Miro a la chica y me disculpo con evidente vergüenza.

—No fue mi intención, escucha, estoy… yo. —Titubeo y ella me sujeta con cariño la mano.

—No se preocupe, señorita —me dice con calma y me entrega las cosas—, todos sufrimos de estrés de vez en cuando. Pero somos mujeres, nosotras siempre nos recuperamos.

Veo su sonrisa comprensiva y la soledad que tanto me invadía hace unos minutos se desvanece por completo.

Iglesia Mother Mercy. Queens, Nueva York
5:00 p. m.

Me paro frente a la puerta de la iglesia y pienso en el tiempo transcurrido desde que no visito una. El sacerdote, con las manos extendidas, le habla a su comunidad.

—... Quizá pensemos que nada tiene sentido, ¿para qué seguir sufriendo? ¿Por qué debería soportar tal calvario? ¿Qué objeto tiene seguir respirando y mirar al cielo esperando un mundo mejor?

Las palabras del hombre me motivan a dar unos pasos hacia dentro del lugar. Hay mucha gente. Algunos permanecen de pie por la falta de lugar en las bancas, pero no me sorprende, eran los Baresi. Vuelvo a poner atención al hombre de sotana y, de nuevo, siento que me habla directamente a mí.

—La vida es un camino, y en todo camino habrá baches y pozos que nos lastimen. Díganme, hermanos y hermanas, ¿qué sentido tiene la vida si no hay dolor que nos recuerde que estamos vivos? —Se queda unos segundos en silencio, observa los ataúdes a su lado y retoma su discurso—. Aquellos que hayan comprendido el sentido de estas palabras, aun antes de ser pronunciadas, esos son los verdaderos merecedores del descanso eterno. Y no hay mejor consuelo para un alma cansada que disfrutar de esa merecida paz en el cómodo regazo de Dios.

Se oyen sollozos entre la multitud. El sacerdote se hace a un lado y una anciana se acerca al altar con la ayuda de un bastón. Lleva en sus manos una hoja de papel y se toma unos minutos para tragar saliva y tomar aire antes de comenzar a hablar.

—Buenas tardes a todos, mi nombre es Thelma Garner. Durante nueve meses he gestado a Deborah, luego la he amamantado, vestido y amado hasta que fue capaz de demostrarme que se había vuelto una mujer. Se lo demostró a todo el mundo, una mujer con todas las letras. Luego de unos años de haber comenzado sus estudios en la universidad conoció a Jack, y desde ese momento jamás se han dejado de amar. —La mujer mira los ataúdes y comienza a llorar—. No sé cómo podré vivir sin el amor de mi hija.

Una mujer más joven se acerca y le ayuda a bajar las escaleras a la desolada anciana. Luego el sacerdote se acerca nuevamente al altar para permitirnos darle el último adiós a la ya difunta pareja. Me acerco, después de que la multitud disminuye, y me quedo un

momento frente a los cajones de roble lustrado con adornos de cobre. Solo pienso, agradezco el haberlos conocido y les deseo un eterno descanso.

Mientras camino hacia la salida, observo las pinturas en las paredes de la iglesia, no había notado lo hermosas que eran, al igual que las esculturas. El lugar me da mucha paz. Salgo y el olor a contaminación, las sirenas de ambulancias y los autos sobre el cemento me recuerdan que la paz es algo instantáneo. Bajo uno por uno los escalones hasta la calle y camino por la acera. Me pregunto si Pamela estaría pensando en sus padres, si estaría arrepentida de lo que hizo. De pronto noto a mi lado un auto pasar cerca de mí, y en un veloz movimiento veo al conductor de perfil. Lleva una gorra deportiva y barba canosa. ¿Es el mismo tipo que me sigue? ¿Por qué lo haces?

Empiezo a correr detrás del auto por la avenida, pero no soy tan rápida. Estoy impaciente, necesito detenerlo y averiguar qué es lo que quiere ese hombre, pero lentamente me vuelve a dejar. Trato de recuperar el aliento y siento impotencia, pero no puedo dejar de pensar en él. Estoy intrigada.

Llevo tanto tiempo conduciendo mi Tundra que me había olvidado lo estimulante que es caminar por la ciudad. Brooklyn es tan hermosa, tan salvaje, pero siempre seré una rata de Queens. Me detengo frente a un edificio en la Bradbury Street y la 59.

—Segunda planta, apartamento cuatro —murmuro y veo la luz tenue de un pequeño velador encenderse.

Imagino que me encuentro frente al apartamento donde viví durante cuatro años luego de comenzar mi carrera como agente del FBI. Recuerdo lo joven e idealista que fui, casi me siento igual ahora al ver aquella ventana allá arriba. Una joven de unos veintitantos se acerca y apoya sus codos en la barandilla. Se queda mirando el cielo por un rato, veo esperanza en sus ojos. Respiro profundamente y continúo con mi caminata.

Noto que se hace de noche y me pregunto cómo les estará yendo con la investigación a Peter y Tanaka. Saco mi celular de la mochila y me dispongo a marcarles, cuando de repente entra una llamada y leo el nombre agendado en la pantalla como «Chad Wells-bomberos». Me encuentro sorprendida al mismo tiempo que intrigada. ¿Qué querrá el jefe del Departamento de Bomberos conmigo a esta hora?

—Buenas noches, Chad, ¿está todo en orden?

No responde y noto ruidos de bocinas de fondo. Luego habla.

—Ainara, buenas noches. Espero no interrumpir, solo llamaba para saber si mis sospechas sobre Linden Fisher eran correctas.

—Por supuesto que no interrumpe, estoy en medio de una caminata de regreso a Queens —explico—. Ciertamente no, en cuanto llamó a su abogado, solicitaron una revisión psicológica por su cuenta, y el profesional determinó que Linden Fisher no estaba ni cerca de ser un pirómano. Ni siquiera hubo necesidad de interrogarlo.

—¡Oh!, ¿de veras? —Suena confuso, quizá porque está conduciendo—. Eso es fantástico.

Aprovecho para abusar de los conocimientos de Chad y sacarle algunos datos que necesito.

—Así es —respondo y voy rápidamente al grano—. Tenemos a un sospechoso más concreto y es posible que sea el hombre que buscamos, pero...

Mi tono dubitativo es captado por Chad al instante.

—Pero no está del todo segura —termina mi frase.

—Es que aún me quedan dudas sobre él y no me parece que sea capaz de asesinar personas. —Mi tono se distiende—. Su comportamiento es más bien el de un adolescente rebelde que necesita llamar la atención que el de un maniático sin control. Usted me entiende.

—Por favor, Ainara, tutéame —pide.

—Disculpa, ya sabes, la rutina del trabajo —me excuso y sigo—. Quisiera saber si por su… tu experiencia laboral, podrías comentarme más acerca de estas personas. Necesito saber qué los

motiva, su *modus operandi* y todo lo que puedas contarme, de manera más precisa y personal.

—Bueno —responde, y en su voz hay más soltura que antes—, para ser personal, deberíamos estar hablando en persona, ¿no crees?

Su pregunta me confunde, no estoy segura de si comprendo su lenguaje. ¿Acaso acaba de tirarme una indirecta? Me río discretamente para evitar responder.

—Vaya. —Se ríe también—. Jamás me habían rechazado con una risa tan fresca.

No puedo creerlo. Él realmente está interesado en mí.

—En realidad, yo no escuché ninguna propuesta —respondo con picardía y callo.

—Es cierto —admite—. ¿Qué te parece si te ahorro un par de kilómetros y te acerco hasta Queens? Podemos pasar por un restaurante mexicano que conozco y charlar sobre el caso con unos tacos de primera. ¿Qué te parece?

Me sonrojo y recuerdo las palabras del sacerdote en la iglesia, acerca de vivir la vida y transformar el dolor de las heridas en algo positivo. Chad me parece un hombre apuesto e inteligente, ¿por qué no cenar con él?

—Son tres regalos en uno, Ainara —comenta en tono pícaro al notar mi silencio—, no te atreverás a rechazar información de calidad, tacos y transporte gratis hasta la puerta de tu casa. ¿Qué me dices? ¿Paso por ti ahora?

No lo pienso y respondo.

—Me vendrían bien unos tacos. ¿Estás cerca de Highland Park?

—En cinco minutos estaré allí.

—Está bien, te espero.

Corto la llamada y me quedo un momento en silencio, solo sonriendo. Pienso en la ironía de salir de un velorio y tener una cita en la misma tarde, y no imagino un maldito psicólogo tratando de explicar eso. Me pregunto si Chad sería el hombre indicado para quitarme el dolor que llevo encima; ¿sería capaz de devolverme la esperanza de encontrar nuevamente el amor después de haber perdido a mi Danny?

Imposible. Solo sé que jamás volveré a amar a nadie como amé a Danny.

14

Highland Park. Brooklyn, Nueva York
Jueves 24 de enero
7:35 p. m.

HAN PASADO MÁS de veinte minutos y él no aparece. Comienzo a pensar que fue una mala idea haber aceptado cenar con el jefe del Departamento de Bomberos sin siquiera haber tratado con él fuera del trabajo. ¿En qué demonios estoy pensando?

Tomo mi mochila y comienzo a caminar hacia la calle, cuando noto frente a mí un auto deportivo de color gris oscuro que se detiene lentamente. Tiene vidrios polarizados y no puedo ver su interior. De pronto el cristal de una de las ventanillas delanteras baja y deja al descubierto el rostro de Chad Wells. Él me sonríe con ternura.

—Hola, Ainara, ¿piensas quedarte allí afuera con este frío?

Me acerco a la puerta y me detiene con la mano.

—¡Por favor! —Sale deprisa, rodea el capó y abre mi puerta—. Ahora sí, adelante.

Lo veo de cerca y me parece un hombre guapo.

—Gracias, Chad. —Entro al auto, un poco nerviosa.

—Muy bien —dice y sonríe nuevamente—, imagino que tienes tanta hambre como yo.

Arranca el auto y partimos de inmediato al restaurante.

Miro alrededor y las paredes del lugar están llenas de sombreros, dibujos de calaveras coloridas y fotografías de mariachis.

—Jamás había comido comida mexicana —comento sin dejar de admirar las paredes adornadas.

—Te encantará este lugar —dice Chad con entusiasmo—. Después de esto querrás venir cada fin de semana.

Una de las meseras llega con una bandeja llena de pequeños cuencos de madera con diferentes verduras salteadas, carne picante y guacamole. Deja los cuencos, unos platos con tortillas y se despide con una sonrisa.

—¿Todo esto solo para nosotros? —pregunto admirando la mesa repleta de comida.

—Tranquila —responde Chad—, espera a que llegue el postre.

Cada minuto que paso en el restaurante con Chad hace que me olvide de los problemas. Comemos y todo me parece un manjar, siento que me he perdido de disfrutar estas cosas durante toda mi vida, y me arrepiento de no haberlo hecho.

Luego de varios tacos mal armados y risas, recuerdo el motivo del encuentro y le hablo a Chad sobre Herman Abbott.

—Bueno, en realidad, los pirómanos son mucho más meticulosos al realizar sus incendios —aclara Chad—, por eso creo que ese chico no puede ser el que buscan. Según me comentas, lo han detenido varias veces por iniciar incendios en parques de manera infantil, solo los inicia y se va. No hay ninguna estrategia pensada detrás de actos sencillos como esos.

Admiro en silencio su perspicacia. En cierta forma, yo manejaba la misma teoría, pero mi pensamiento carecía de fundamentos específicos por la falta de experiencia en el tema, y, claramente, Chad los tiene.

—El chile —comenta luego de comer y limpiarse correctamente las manos con la servilleta, volviéndola a doblar— es lo mejor del mundo. ¿No te parece?

Sonrío y miro sus manos por un instante. No parece que haya habido un anillo ahí, me pregunto cómo habrán sido sus relaciones. Recuerdo también el episodio de la llamada telefónica de su madre. Por supuesto que no le haré preguntas hoy.

—Cuéntame, Ainara —dice y hace a un lado los platos frente a él, apoyando los brazos con toda su atención en mí—, ¿tienes alguien especial en tu vida?

Realmente me pone nerviosa.

—Sí, bueno, no… desde hace poco más de un año. —Tomo la copa de vino y le doy un sorbo con la mirada gacha.

—¡Oh!, claro —manifiesta en un tono comprensivo—. Es natural, sabes, que las relaciones se terminen. El amor eterno solo existe en Disneylandia, y hasta en esos cuentillos hay problemas de vez en cuando.

Reflexiono sobre lo que Chad acaba de decir y pienso en algo para escapar de contarle sobre la muerte de Danny.

—Jamás he ido a Disneylandia —le comento.

—Podemos ir juntos —propone riendo—. Te compraré uno de esos gorritos, tú sabes, los de las orejas redondas, y podemos pintarte la cara.

Sonrío y le pido que pare.

—¡Un vestido de lunares! —sigue para tentarme—. Te quitaré la pistola y llevarás una paleta en la funda.

Seguimos charlando por casi dos horas.

Al salir del restaurante, Chad cumple con su palabra y me lleva a Queens. Detiene el auto frente a mi casa y apaga el motor.

—Bueno. —Respira y juguetea con los dedos en el volante—. Hemos llegado. Espero que la hayas pasado tan bien como yo.

Me invade la necesidad de pedirle que no se vaya, no aún.

—La he pasado de maravilla —comento y me mira a los ojos.

Nos miramos durante un momento e inconscientemente nos vamos acercando el uno al otro, pero hablo.

—¿Te gustaría pasar? —Sueno nerviosa—. Tengo algo de *whisky* y quizá podríamos seguir charlando sobre mi caso, me ayudaría bastante que me dieras más detalles.

Chad sonríe y salimos del auto. Apenas abro la puerta, Bob viene corriendo, pero se detiene y comienza a mirarlo.

—Tranquilo, Bob. —Lo acaricio y hago que olfatee a mi visitante —. Es muy celoso, y no suelo tener visitas.

Chad saca un silbato pequeño y fino del bolsillo. Se coloca frente a Bob y sopla de manera repetitiva. Bob se sienta, luego alza una de sus patas y Chad la toma para después acariciar a mi bestia y jugar con él.

—¿Cómo has hecho eso? —pregunto estupefacta.

—Cuando era niño —comenta, carcajeándose, mientras juega con Bob en el suelo—, solía ir a la casa de mi tía Gretta en Los Ángeles. Ella era adiestradora de perros en la ciudad y me enseñó muchas cosas. Los animales son geniales.

Lo miro y me parece un hombre de lo más enigmático. Camino hacia la cocina para buscar una botella de *whisky* y al abrir la gaveta veo varias, me alegra que no se haya ofrecido a buscarla él. Regreso a la sala y veo que revisa el interior de una caja grande que tengo en la mesa, en la que hay adornos y fotografías. Me ve llegar y voltea, con uno de mis discos en la mano.

—Disculpa la intromisión. —Sonríe y mira el disco—. Es que amo este disco.

Me acerco y veo que se trata de *Sing the Blues*, de Nina Simone. Lo coloca en la máquina. La música comienza a sonar.

—Este es uno de los pocos recuerdos que tengo de mi padre. —Recuerdo obligado, pienso, ya que me apropié de su colección cuando nos abandonó—. A veces lo escucho por la noche para dormir, me relaja la voz de Nina.

—Tienes suerte de haber tenido un padre —comenta, toma el vaso de *whisky* que le ofrezco y me invita al sillón—. El mío era oficial de la Marina y fue solicitado poco antes de que yo naciera. —Toma un sorbo antes de continuar—. Jamás regresó.

—Supongo que debió haber sido duro.

—Lo fue —dice y sonríe—. La vida está llena de momentos difíciles. —Levanta el vaso y cambia el tono—. Pero también nos pone en momentos agradables.

Se acerca a mí, tiene un perfume seductor y sus ojos de color marrón intenso me vuelven loca. Estamos a punto de besarnos, cuando de repente suena mi celular y nos separamos por el ruido. Miro la pantalla.

—Qué llamada más inoportuna —comenta y se acomoda el cuello de la camisa.

No atiendo a Peter y vuelvo a tomar otro sorbo de *whisky*.

—Hay algo que me llama la atención acerca del perfil del pirómano —digo para cambiar de tema y situación—. Según el perfilador, es raro que se encuentren atados a un medio social, de trabajo o algún tipo de organización de entretenimiento. Yo pienso que el hombre que buscamos sí puede estar en este campo.

—No me lo tomes a mal —dice y se acerca en un tono bromista —, pero Mark Steel es un idiota. Todos los perfiladores creen saberlo todo acerca de los pirómanos, pero no tienen la experiencia de haber conocido bien a alguno.

Me río y sigue.

—Yo creo que los pirómanos no tienen por qué ser seres asociales, vivir con sus padres y tener granos en la cara. Según mi experiencia como jefe del Departamento de Bomberos, los incendios provocados por pirómanos suelen ser organizados y metódicos. Es por eso por lo que es más probable que se trate de un hombre educado y con un trabajo en constante movimiento. Cuando estudias los escenarios como yo, tienes una perspectiva más amplia de su modo de trabajar… Quiero decir, de operar.

—Entiendo —respondo y me dan ganas de sacar mi cuaderno de notas, por la cantidad de detalles que Chad me brinda—, per…

Intento preguntar, pero él continúa.

—Para un pirómano, el fuego puede llegar a generarle placer sexual, sabes; imagina lo fuerte que es ese elemento para él. Por esa razón, creo que son personas muy inteligentes, hasta genios incomprendidos. ¿No te parece una gran idea utilizar bengalas de humo de colores antes de comenzar el espectáculo? Los colores

vibrantes del humo en el cielo, antes de que las llamas surjan, es algo magnífico.

Mi rostro se vuelve serio de repente, Chad habla demasiado sobre el tema y me empieza a incomodar. Vuelve a sonar mi celular y pienso en atender para mandar al diablo a Peter por llamar a esta hora.

—¿Me disculpas un momento? —Me levanto de espaldas a Chad y atiendo, enfadada.

—Ainara —dice Peter algo agitado—, tengo información que necesito comentarte.

—¿Es necesario que lo sepa ahora? —murmuro.

—Me dijiste que te llamara en cuanto supiéramos algo —responde y sigue—. Tanaka y yo investigamos y hay una coincidencia entre el lugar y hora de los incendios con un evento que se repite por parte de una entidad.

—¿Qué entidad? —pregunto confundida.

—El Departamento de Bomberos de la ciudad de Nueva York dio conferencias en esos lugares acerca de los incendios y el análisis de cómo pudieron ser perpetrados.

Un temblor recorre todo mi cuerpo en un segundo. Peter vuelve a hablar.

—Los principales sospechosos son Julio Aguilar y Chad Wells.

Escucho el segundo nombre y de inmediato dirijo la mano hacia mi Smith & Wesson, a mi cintura. Intento sacarla y giro para apuntarle, pero en un segundo logro ver que Chad me pega con la botella de *whisky* en la cabeza, y caigo.

Todo se apaga.

15

Vivienda Pons, Nueva York
Viernes 25 de enero
6:20 a. m.

El fuerte olor a humo me hace toser sin parar, vomito y me despierto. Buscando aire fresco me he movido de la puerta y me he desmayado. Ahora no puedo moverme.

Aprieto fuerte los puños y suelto una lágrima que recorre la piel de mi cara, y comienzo de a poco a mover mi cabeza, quiero ubicarme en la habitación pero no sé dónde estoy. No puedo rendirme ahora, el hijo de puta de Chad me golpeó, ahora lo recuerdo. No voy a morir por un maldito como aquel.

Pongo todo mi empeño en moverme hacia los ladridos de mi bestia, hacia allí está la puerta. Trataré de golpearla nuevamente, debo salir de aquí.

—¡Sigue ladrando, Bob! —grito lo más fuerte que puedo mientras me arrastro por el suelo hacia él.

Llego hasta la puerta, me es imposible ver algo, además del humo de color verde intenso. Con todas mis fuerzas me levanto y comienzo a empujar la puerta una y otra vez, pero mi debilidad es muy grande. Caigo rendida, me duele el vientre y veo que mis manos están moradas. No puedo rendirme, quiero volver a levantarme y…

Un fuerte ruido en la puerta me hace caer al suelo.

Me cuesta abrir los ojos irritados, escucho nuevamente la puerta temblar, alguien quiere echarla abajo. Oigo a mi Bob que ladra con fuerza. Pasan unos segundos y la madera vuelve a tronar. Debe ser Chad, malnacido. Necesito huir, pero, desgraciadamente, me encuentro incapaz de hacerlo. Al final, la puerta recibe un poderoso golpe, pero esta vez no resiste y se abre.

Intento con todas mis fuerzas arrastrarme hacia el lado opuesto, pero él me toma por los pies y grito.

—¡Desgraciado! —Sacudo las manos para intentar pegarle a medida que me acerca hacia él.

Siento el estallido, probablemente de una molotov, y las llamas comienzan a mejorar la visión del lugar. Veo a Bob morder su pantalón con una furia incontrolable, pero el maldito continúa arrastrándome. Comienzo a llorar por la desesperación. No me imagino lo que puede llegar a hacerme un loco como él. No me imagino lo que ya pudo haberme hecho mientras estaba inconsciente.

—¡Ainara! —lo escucho gritar—. ¡No luches!

—¡Suéltame! —Intenta tomarme con sus brazos y no puedo seguir luchando—. ¡Maldito desgraciado!

Con mis últimas fuerzas, tomo impulso y le quito el trapo que lleva en la cara para poder respirar. Otro estallido provoca una luz intensa y puedo ver su rostro.

Dejo de luchar. Es el hombre de la gorra, aquel que me venía siguiendo todo este tiempo; tiene una barba desprolija y los ojos café. ¡Es mi padre!

—Tranquila, hija, voy a sacarte de aquí.

Me levanta entre sus brazos y me pide que respire a través del trapo que él tenía. A medida que salimos de la habitación, el aire se vuelve un poco menos denso y logro ver en la puerta a Liu y Kim Wong entrar con extintores. Mi padre me coloca frente a la casa y me dice que él alertó a los vecinos y que llamó a los bomberos.

—Peter —digo en voz alta y le pido a mi padre su celular para luego marcar su número.

—Por Dios, Ainara, ¿estás bien? —Peter suena alterado, tal vez sabe lo que ha sucedido luego de la llamada anterior.

—Sí, estoy bien. Escucha con atención, necesito que te encargues de cercar hasta cinco bloques alrededor de mi casa, ¡ahora! —Tomo aire y sigo—. Chad Wells me atacó y le prendió fuego a mi casa, si es él a quién buscamos, seguro se quedó a ver el espectáculo.

—¡Maldito hijo de perra! —suelta Peter con furia—. Me imaginé que había pasado eso, estoy llegando. Yo me encargo de atraparlo.

Corta la llamada e intento respirar, observo mi hogar envuelto en llamas. Miro a mi padre y noto que quiere hablar, pero lo interrumpo.

—¿¡Dónde está Bob!? —Mi voz no oculta mi furia.

Él sale a buscarlo, lo llama y Bob al verlo corre a morderlo. Mi padre viene hacia mí y yo logro gritarle que se calme. Mi bestia se confunde, pero sigue mi voz y se acerca a mí. Lo abrazo y luego vuelvo a mirar al hombre que tengo delante.

—Gracias por sacarme de ahí —digo y observo con curiosidad—. ¿Cómo es que lograste salvarme?

—Ainara… —Agacha la mirada, luego la lleva a un lado y continúa —. Yo me siento muy mal por haberme alejado de ese modo.

—¿De veras? —digo enojada—. ¿Tú eres el que se siente mal?

Me obligo a callar y dejo que él continúe.

—Escucha, sé que nada enmendará lo que hice y que no merezco tu perdón, pero de todos modos necesito pedirte que al menos consideres hacerlo. Es por eso por lo que he estado siguiéndote estos días, necesitaba hablarte.

»Esta noche me estacioné aquí mismo, esperando reunir el valor necesario para tocar el timbre y por fin hacerlo. Fue entonces cuando noté el humo de color verde salir de la habitación y supe que algo andaba mal.

Hay una lucha enorme en mi cabeza, mis ganas de abrazarlo chocan con mis ganas de mandarlo al diablo por habernos dejado a la deriva. Decido dejar eso atrás y me vuelco encima de él. Me aprieta fuerte con sus brazos y ambos permanecemos sin soltarnos por un rato.

—Lo siento mucho, hija —dice y veo las lágrimas en sus ojos.

—No debiste hacerlo, nos dolió mucho —revelo con calma—. Todos los días miraba por la ventana, esperando que regresaras. No

sabes la falta que me has hecho estos días. No sabía a quién recurrir, no tenía a nadie, la única persona que realmente amaba me dejó hace un año. —Comienzo a llorar y él vuelve a abrazarme.

Me frota la espalda durante un momento y dice que todo irá bien, de ahora en adelante él estará a mi lado.

—¡Señor Pons! —llama la voz de Kim desde dentro de la casa.

—Ahora regreso, hija, tú descansa. —Se marcha hacia la casa a asistir a Kim.

Permanezco en silencio y comienzo a escuchar los constantes ladridos de Bob, que ya no se encuentra a mi lado. Volteo a ver y lo encuentro ladrando desesperado a unos árboles cruzando la calle, trato de hacer que regrese, pero viene y se va ladrando hacia allí.

—Por favor, amigo, no puedo moverme.

No deja de ladrar y camino hacia él para ver qué es lo que ha encontrado.

A medida que me acerco, noto entre los arbustos un artefacto escondido. Es un trípode, tiene encima una pequeña cámara con una luz titilante.

—El maldito ha filmado todo —pienso en voz alta y escucho la frenada ruidosa de un auto detrás de mí.

El vehículo vuelve a acelerar a toda velocidad y noto que el conductor es Chad. Mi corazón palpita deprisa e intento buscar mi arma, pero luego veo el auto de Bennett y Tanaka pasar raudamente detrás de Chad. Corro hacia donde está mi padre y le pido de nuevo su teléfono móvil, esta vez para marcarle a Tanaka.

—¿Dónde lo encontraron? —pregunto eufórica y escucho el motor al máximo.

—Estaba estacionado a dos calles de aquí. Apenas notó que lo identificamos, aceleró deprisa —responde Tanaka—. El maldito tiene un arm… ¡Cuidado!

Escucho un fuerte estruendo y disparos.

La llamada se corta.

16

Vivienda Pons, Nueva York
Viernes 25 de enero
8:10 a. m.

Intento marcar el número de Peter y no responde, tampoco Tanaka. Mi padre y los Wong me recomiendan no moverme de aquí, estoy demasiado preocupada por mis compañeros, y por detener a Chad. Siento tanta impotencia, fui una total estúpida en dejar entrar a ese hombre a mi casa.

—Ya debería tener noticias de ellos. —Camino de un lado a otro con el celular en la mano—. Tengo un mal presentimiento, mejor iré a buscarlos.

—Ainara, por favor —me dice Kim con dulzura—, tiene que revisarte un médico. Has inhalado demasiado humo tóxico, podrías tener daños permanentes si no te revisan.

—Denme las llaves de mi camioneta.

Recuerdo que no la tengo en mi poder y mi padre se acerca a mí.

—Hija —dice mirándome a los ojos—, escucha a Kim. Por favor, esta vez seré yo quien no te deje ir.

Estoy a punto de negarme, cuando veo acercarse el auto de Peter. Tanaka viene a su lado. Peter frena, abre la puerta y camina hacia mí. Tiene una pequeña cortada en la frente.

—Ainara… —Nos abrazamos con fuerza—. Vaya que me has preocupado, ¿estás bien?

—Peter —le digo, sujeto sus brazos y lo miro a los ojos—, ¿qué pasó con Chad?

—No te preocupes —responde con tranquilidad moviendo los ojos hacia atrás—, atrapamos al infeliz.

Observo detrás de él y en el auto está Chad en el asiento trasero, esposado y con el labio roto. Camino hacia el auto y Peter me sujeta el brazo. —No lo hagas.

Volteo a ver a Peter y respondo con calma.

—No voy a hacer nada.

Sigo caminando. Chad me observa acercarme a la ventanilla y me mira de reojo, con lejanía.

—No dirás nada, ¿eh? —dice impaciente mientras lo miro directo a los ojos sin expresión alguna—. Tuviste que atender la llamada de ese idiota, yo quería besarte. —Le doy la espalda y camino en dirección a Peter y Chad, pero sigue gritando—. ¡Aquel viejo tuvo que venir a rescatarte! No eres nadie. ¡Mírame, maldita perra! ¡Mírame!

Paso al lado de Peter y digo sin detenerme.

—Llévatelo.

Oficinas del FBI, Nueva York
Sábado 26 de enero
8:10 a. m.

El taxi se detiene, pago e ingreso al edificio.

—Buenos días, Billie —lo saludo, reviso unos papeles en mi mochila y sigo camino a la oficina.

—¡Espere, Ainara! —Volteo tras el grito inesperado de Billie—. Tiene que ir al estacionamiento.

—¿Al estacionamiento? —repito, pero me suena ridículo.

—Así es —responde sonriendo—, un hombre me pidió que me asegurase de pedírselo en cuanto llegara.

Pongo cara de extrañeza y me dirijo hacia allá. Las puertas del ascensor se abren y veo los autos, camino, pero no hay nadie cerca. Pienso que es una broma de mal gusto y doy la vuelta para regresar, cuando veo a lo lejos mi lugar reservado con una inesperada sorpresa. Me apresuro a acercarme y allí está ella.

Corro y abrazo a mi Tundra con cariño. Parece que le han dado una lustrada de lujo y en el interior hay un enorme ramo de flores junto a una nota.

«Ainara Pons:
Muchas gracias por evitar que me despidieran. El senador se enamoró de tu camioneta y mi auto ya está listo para retomar su puesto.
Posdata: Espero no te molestes por haber lustrado tu vehículo.
Saludos, agente de seguridad Michael Boch».

Sonrío con nostalgia y corro a la oficina.

Ingreso al tercer piso y todos me miran, se produce un silencio total en la oficina y camino mirando al suelo. Al abrir la puerta de la oficina, Peter y Tanaka hacen lo mismo.

—¿Buenos días? —Cierro la puerta y tiro mi mochila en una de las sillas—. ¿Piensas quedarte mudo o me darás un café?

Tanaka se pone de pie y se apresura a traérmelo. Peter me mira con una sonrisa tierna desde su silla.

—La gran Ainara Pons. —Cierra la carpeta que tiene en las manos y la deja sobre el escritorio—. Eres indestructible.

—Claro que lo soy —afirmo, camino hacia él y me apoyo en el escritorio—, pertenezco al grupo más invencible del planeta.

—Así es —confirma orgulloso y se lleva una pluma a la boca—, los agentes del FBI.

Me acerco a su cara y le saco la pluma.

—No, Peter —le digo y lo veo a los ojos—, las mujeres.

Nos miramos, estamos muy cerca uno del otro.

—No está tan caliente, pero… —Tanaka entra hablando, luego calla y se queda quieto al vernos—. ¿Interrumpo?

—¡Ouch! Café frío —digo y me apresuro a agarrar el vaso para alejarme de Peter—. ¿Podríamos ponernos a trabajar?

—Yo ya lo hice —responde Tanaka, toma unos papeles de su escritorio y me los entrega.

—¿Qué es esto? —Hago una mueca de desagrado cuando bebo el café.

—El laboratorio encontró huellas no identificables en el encendedor que hallamos en la escena del incendio, la de Búfalo. —Tanaka suena entusiasmado—. Ayer pedí que las comparen con las de Chad Wells y, ¿qué creen?

—Coincide en un noventa y nueve por ciento —leo en el reporte del laboratorio, aunque ya conocía el resultado.

—El maldito desgraciado —suelta Peter—, se va a pudrir en la cárcel.

—¿Cuánto crees que le den?

La voz de Tanaka se mezcla con la de Peter y yo me pierdo en mis pensamientos, con las hojas de papel que demuestran la culpabilidad de Chad en las manos. No puedo evitar imaginar lo que habría pasado si mi padre no hubiera llegado a tiempo, si los Wong no hubieran acudido para apagar el fuego, si Freddie y Peter no hubieran asistido para ir tras de Chad. Sin Bob, guiándome con sus ladridos y la tremenda fuerza de su compañía. Sin duda alguna, estaría muerta.

Durante un instante, recapacito, y me doy cuenta de que no estoy tan sola como pensaba.

—¿Tú qué crees, Ainara? —La voz de Peter me devuelve a la oficina.

Los observo a los dos un momento.

—Lo que creo —señalo, dejo el expediente y el café en el escritorio— es que estoy orgullosa de mi equipo de trabajo.

Ambos me regalan una cálida sonrisa, luego llevan una mirada de extrañeza a lo que ocurre a mis espaldas. Volteo a ver y el jefe de operaciones Julio Aguilar nos sorprende con su visita.

—Lamento llegar sin avisar —dice con una tímida expresión.

—Por favor, Julio —le contesto y señalo el sillón de la oficina—, adelante.

—Le apetece un café —ofrece Tanaka y sale a buscarlo luego de ver que Julio asiente.

—Me imagino que viene a preguntar por su compañero Chad Wells —afirma Peter.

—Bueno, yo... —Tanaka entra y le entrega el vaso en la mano—. Me resulta realmente increíble que Chad haya sido capaz de cometer esos horribles crímenes. Te lo comenté cuando me llamaste.

Tanaka y yo miramos a Peter.

—Oh, claro —nos explica—. Yo llamé a Julio cuando descubrimos las relaciones que había entre las fechas y lugares de los incendios con las conferencias que el Departamento de Bomberos brindaba. Lo tomó por sorpresa y me dijo que era una locura.

—Es que realmente lo pensaba. —Julio tiene una mirada de asombro—. En todos estos años que llevo trabajando con Chad, les juro que ha sido el compañero y amigo más fiel del mundo. Nos reuníamos en mi casa, compartíamos cenas y mi familia lo apreciaba muchísimo. No puedo creerlo.

—No te sientas mal, Julio —dice Peter, mirándome, y luego a Tanaka—, nos engañó a todos.

—¿Saben cuánto tiempo le darán? —pregunta Julio.

—Aún no sabemos con exactitud —responde Tanaka—, pero lo acusarán por los incendios provocados intencionalmente. También los homicidios en las diferentes ciudades y —dice, me mira y sigue— por intento de homicidio en primer grado.

—Es muy posible que le den perpetua porque encontramos un importante testigo que de primera mano nos llevó a dónde Chad Wells guardaba los encendedores, botellas con líquidos inflamables y bengalas: su madre —sigue Peter.

—Es el golpe final para ese desgraciado —afirmo.

Mi celular comienza a sonar y veo que mi agenda tiene una anotación importante.

—Caballeros, debo irme, tengo un compromiso que atender —digo. Tomo mis cosas y señalo a Peter y Tanaka—. Ustedes dos

prepárense para el juicio que será en dos meses.

Salgo del estacionamiento en mi camioneta y me dirijo directo a la tienda deportiva Boys para escoger un regalo antes de asistir a mi cita en Manhattan.

Restaurante Melina's. Manhattan, Nueva York
1:00 p. m.

Estaciono mi Tundra frente al restaurante, el único lugar en la calle, y me siento iluminada por el karma. Tengo especial cuidado en no destruir otro auto y, antes de cerrar la puerta, tomo la bolsa con el presente que compré en la tienda.

Entro al lugar y busco con la mirada, pero no lo encuentro. De repente, escucho una voz gritar mi nombre.

—¡Ainara, por aquí!

Miro a mi padre y realmente no lo reconozco. Se ha recortado la barba, ya no lleva la gorra y viste un elegante y discreto traje. Me acerco a él y veo la encantadora sonrisa en su rostro.

—¡Vaya! —No puedo ocultar mi sorpresa—. Pareces un empresario.

—Solo quería estar bien presentable para ti. Por favor, siéntate y echémosle un vistazo a la carta. —Se le ve realmente contento y esperanzado—. ¿Qué vas a pedir?

Tomo asiento y me quedo un momento admirándolo.

—Que abras mi regalo —contesto y pongo la bolsa de papel en la mesa, tiene un adorno de cinta y el logo de la tienda.

Abre la bolsa con curiosidad y del interior saca una camiseta y la despliega. Lleva impreso el logo del equipo favorito de mi padre, The Philadelphia Flyers, y está firmada por los jugadores.

—Espero no haberme equivocado con la talla —comento en tono burlón con la copa de vino—, ya no eres el esbelto John Pons.

—¡No puedo creerlo! —exclama al borde de las lágrimas—. Esta camiseta es del gran juego del...

—Del setenta y seis —termino la frase con una sonrisa—, recuerdo tus alaridos cuando vencieron a los de la Unión Soviética.

—¡Los hicimos pedazos! —Deja la camiseta y toma mi mano sobre la mesa con expresión de ternura—. Muchas gracias, hija mía, realmente te has vuelto una mujer impresionante, y lo hiciste tú sola. Te juro que dedicaré cada segundo de mi vida a recuperar el tiempo perdido.

—Sé que será así, papá, estoy segura de que todo marchará mucho mejor a partir de ahora.

Si tuviera que elegir un momento memorable en mi vida, sin duda alguna sería este. El reencuentro con mi padre parecía algo que jamás ocurriría, y hasta hace poco esperaba que fuera así. Durante diez años guardé rencor, miedo, angustia y dolor, esperando que llegase el día en el que lo tuviera frente a mí para gritarle en la cara todo lo que sentía con toda la furia posible. En lugar de eso, hoy me encuentro reconciliada y compartiendo uno de los momentos más memorables.

Durante el almuerzo hablamos de mi vida, me contó de sus problemas con el alcohol y cómo le había afectado la muerte de Rachel. También sobre su estadía en un hospital psiquiátrico luego de haber intentado suicidarse por la depresión en la que había recaído, esto me hace olvidar un poco el rencor y acercarme a la empatía. Yo también le cuento sobre mis problemas con el alcohol y lo que me produjo la muerte de Danny. Juntos nos apoyamos el uno en el otro.

El dolor que antes nos había separado ahora nos reúne, para crecer más fuertes que nunca.

17

Restaurante Portobello. Brooklyn, Nueva York
Lunes 28 de enero
12:35 p. m.

DESDE AFUERA PUEDO VER tras el cristal a Amy y Andrew, con Amy planeamos esta comida para agradecer a Andrew por ayudar a localizar a Pamela. Están en el segundo piso del restaurante, sentados en una mesa para tres, esperándome. Me acerco a recepción y el mesero me guía hacia ellos.

—Ya era hora de que aparecieras. —Amy me da un abrazo.

—Se supone que el almuerzo era para mí y ya nos terminamos la canasta de pan. —Andrew me abraza también, es extraño que sea la primera vez que noto lo alto que es.

—Lo lamento —digo y nos sentamos—. El tráfico, ya saben lo que es conducir en Nueva York.

—Ah, no te preocupes —responde Amy—. Nos pusimos al corriente, estábamos hablando de Junior.

—Sí, le comentaba a Amy que él ahora está empezando sus prácticas en un buen bufete de abogados en Nueva Jersey —recapitula Andrew.

—Ese es mi chico, es muy inteligente, me llamó en su primer día en el bufete, estaba muy nervioso y yo, como buena tía, le di ánimos —les cuento a mis amigos y los tres sonreímos.

—¿Y Benjamin y Arthur? —recuerda Amy.

—Hablé con ellos hace unos días —comento—. Parece que están de viaje por América del Sur.

—Una vez estuvimos a punto de irnos a América del Sur con Danny —menciona Andrew y todos nos quedamos en silencio.

—Habrían sido pésimos mochileros —respondo y el ambiente se distiende.

Andrew se lleva a la boca un pequeño bocado que nos trae el mesero, y al parecer no sabía que era relleno y lo muerde.

—Jamás subestimes mi capacidad de supervivencia, Ainara —me dice y se le cae un poco del relleno en la camiseta blanca.

Amy y yo reímos y el mesero, que presencia la escena, le acerca una servilleta para que se limpie.

—Yo creo que Danny te habría salvado de muchas, es el único de nosotros que podría sobrevivir en un desierto bebiendo agua en lugar de vino —comenta Amy y levanta una copa—. Por Danny.

Los tres sonreímos y brindamos. El mesero llega con el plato principal, se trata de un pato a la naranja con castañas y una salsa de frutos rojos bien decorado. Andrew pone una cara de extrañeza.

—¿Le pido al chef que lo transforme en hamburguesa? —dice Amy con su mano en el hombro de Andrew, quien aún sigue mirando el plato con sorpresa.

Reímos nuevamente y les comento sobre mi padre, todo lo que fue para mí vivir sin él cuando nos abandonó y el choque de emociones que me produjo su aparición.

—Vaya, debió haber sido emocionante ver cómo tu propio padre desaparecido te rescataba del incendio —dice Andrew y se queda pensando—, eso es algo para apreciar.

—Así es —respondo—, fue muy extraño al principio. Quería ahorcarlo, pero eran más fuertes mis ganas de abrazarlo. Es mi padre y lo amo, siempre será así.

—Me siento muy feliz por ti, Ainara. —Amy me toma una mano con cariño—. La vida se ha llevado a alguien importante para ti, pero también te devuelve la felicidad de reencontrarte con tu padre.

—Es cierto, Ainara —comenta Andrew con total franqueza—, no todos tenemos esa suerte.

Nos quedamos pensativos por un momento y Andrew rompe el silencio.

—¿Tu casa sigue en reparación?

—Para acabar falta un largo tiempo —respondo con cara de fastidio—, me gustaría aprovechar para hacer remodelaciones. Me quedaré en un hotel.

—¿Acaso perdiste la razón? —Amy me mira desconcertada y produce lo mismo en mí—. Te quedarás conmigo, tenemos una casa enorme y aún no llegan los niños. Bueno, vienen mis sobrinos de visita de vez en cuando y la casa se vuelve un desastre, pero se los regreso a su madre por la tarde y todo vuelve a la normalidad.

—Amy —digo con pena—, no quiero molestar.

—Me molesta que te moleste —responde con una sonrisa—, ¿para qué somos los amigos si no es para apoyarnos en estas situaciones?

Miro sus ojos llenos de amor, los de Andrew, y no puedo evitar sentirme viva. Después de un año de dolor, de muerte y desesperación, pensaba realmente que la vida ya no tenía sentido. La muerte de Danny me provocó un sentimiento de soledad que no experimentaba desde que perdí a mi padre, pero el destino me demostró que las cosas se pueden revertir. Estoy más esperanzada que nunca en continuar con mi trabajo como agente del FBI con la misma fuerza del principio, aunque esta vez, quienes intenten desafiarme, tendrán que enfrentarse a una Ainara Pons más fuerte que nunca. Porque me siento más viva que nunca.

Este será un nuevo comienzo.

EPÍLOGO

Oficinas del FBI, Nueva York
Viernes 1 de febrero
8:15 p. m.

Dos hombres vestidos de traje oscuro ingresan a la oficina del jefe Phillip Nash para hablar con él. Tienen seriedad en la cara y se mueven con cautela. Uno de ellos carga una carpeta en la mano con la leyenda «confidencial» impresa.

—Adelante. —Phillip se ve nervioso, tiene en sus manos la carta que ellos le habían enviado para hablar con él sobre un tema de suma urgencia.

Los hombres cierran la puerta, uno se queda parado custodiando y el que tiene la carpeta en la mano se sienta frente a Phillip.

—Señor Phillip Nash, soy Marcus Brandon, él es Tom Reagan y somos agentes de la CIA.

—Díganme, caballeros, ¿en qué puedo ayudarles?

—Iré directo al grano. Durante varios meses estuvimos en Nicaragua en una misión cuyo objetivo era desestabilizar al Gobierno autoritario del país, hace una semana las autoridades locales nos informaron del hallazgo de un cadáver. —Abre la carpeta y comienza a desplegar el informe forense y fotografías mientras habla—. Se trata de Thomas Turner, un hombre blanco, con poco cabello canoso, ojos claros y de unos sesenta y cinco años. Es un importante

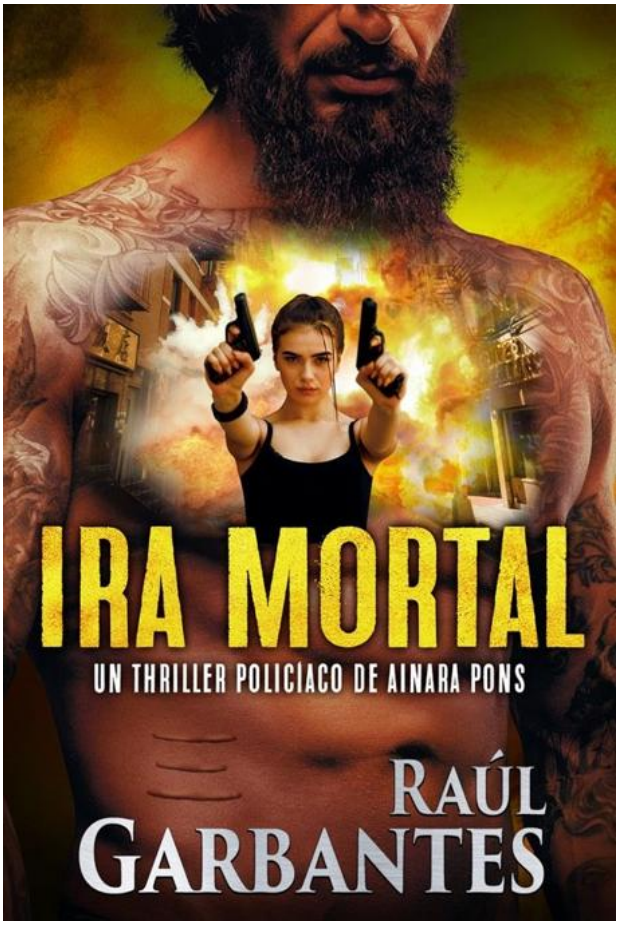
magnate del petróleo y se sabe que ha estado ligado a una gran organización criminal llamada «El Anillo».

Phillip permanece atento, observando la fotografía del cadáver en su mano derecha.

—Resulta, señor Nash —continúa el agente Brandon—, que agentes del FBI de su unidad tuvieron contacto con él poco antes de su muerte, poco más de un año atrás. La autopsia que le practicaron a Thomas Turner reveló que la bala que lo mató corresponde a un revólver Smith & Wesson Competitor tipo Magnum. —Marcus apoya sus brazos en el escritorio mirando directamente a Phillip—. Nos gustaría saber cuándo fue el último contacto de usted o su gente con este hombre, y si tiene alguna idea de por qué pudo haber sido ejecutado.

FIN

Ainara regresa en la quinta novela de la serie*: Ira mortal*. Obtenla aquí:
https://geni.us/IraMortal


IRA MORTAL
UN THRILLER POLICÍACO DE AINARA PONS
RAÚL
GARBANTES

NOTAS DEL AUTOR

Espero hayas disfrutado la lectura de esta novela.

Si te gustó mi obra, por favor déjame una opinión en Amazon. Las críticas amables son buenas para los autores y los lectores... y un estudio reciente (realizado por mi persona) también indica que escribir una opinión positiva es bueno para el alma ;)

A continuación te comparto los enlaces de Amazon donde podrás escribir tu opinión:
Amazon.com - haz clic AQUÍ
Amazon.es - haz clic AQUÍ
Amazon.com.mx - haz clic AQUÍ

¿Sabías que ahora también puedes disfrutar de mis historias en audiolibros? Te invito a gozar de esta experiencia con mi relato *Los desaparecidos*. Escúchalo **gratis** aquí:
https://soundcloud.com/raulgarbantes/losdesaparecidos

Puedes encontrar todas mis novelas en mi página web:
www.raulgarbantes.com

Finalmente, si deseas contactarte conmigo puedes escribirme directamente a raul@raulgarbantes.com.

Mis mejores deseos,
Raúl Garbantes



ÍNDICE

Créditos

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Epílogo

Notas del autor